



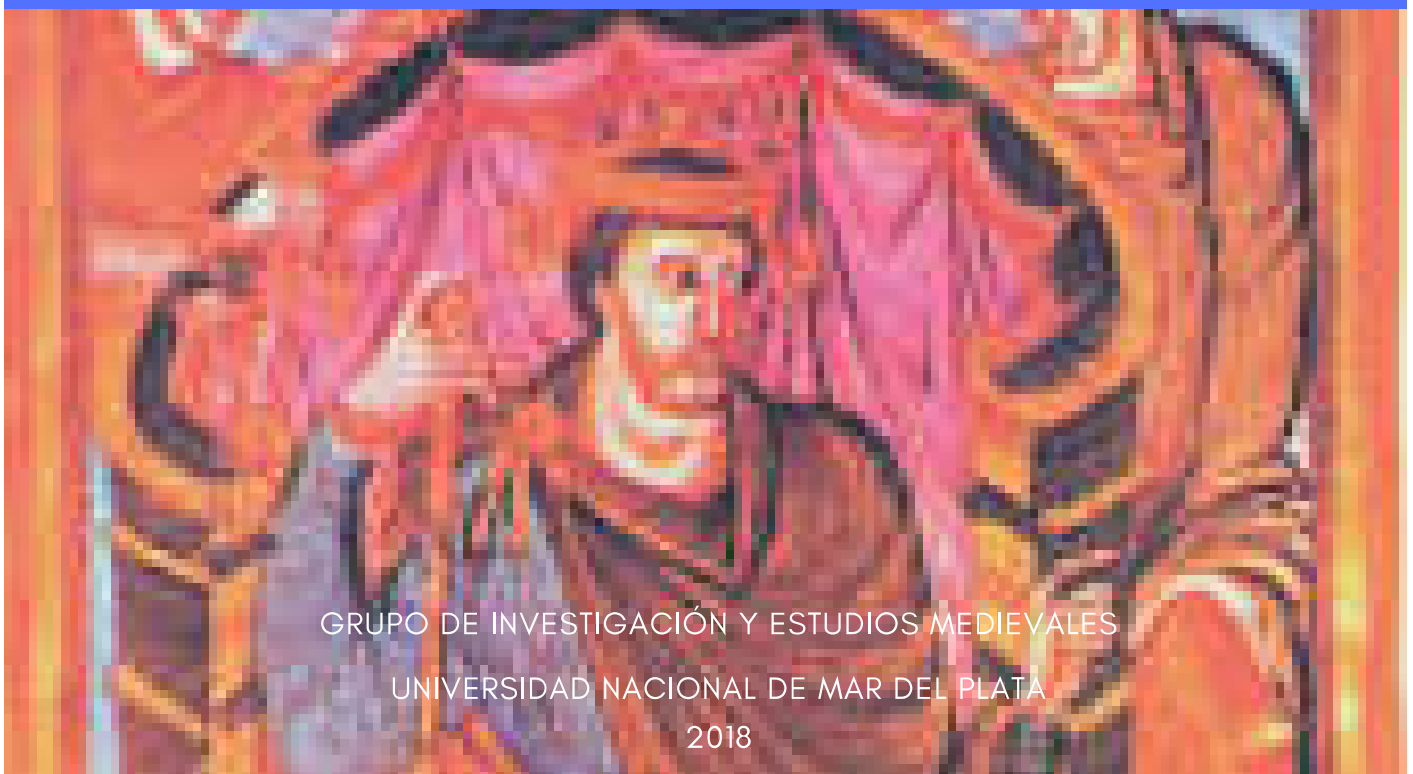
ASTRÓNOMO

VIDA DEL EMPERADOR

LUDOVICO

EDICIÓN E INTRODUCCIÓN DE GERARDO RODRÍGUEZ

TRADUCCIÓN DE CARLOS RAFAEL DOMÍNGUEZ



GRUPO DE INVESTIGACIÓN Y ESTUDIOS MEDIEVALES

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA

2018

Astrónomo

VIDA DEL

EMPERADOR LUDOVICO

EDICIÓN E INTRODUCCIÓN A CARGO DE

Gerardo Rodríguez

TRADUCCIÓN A CARGO DE

Carlos R. Domínguez

GRUPO DE INVESTIGACIÓN Y ESTUDIOS MEDIEVALES

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

FACULTAD DE HUMANIDADES

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA

2018

Astronomus, Astrónomo

Vida del emperador Ludovico / Astrónomo Astronomus; editado por Gerardo Fabián Rodríguez. - 1a ed. - Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 2018.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Carlos Rafael Domínguez.

ISBN 978-987-544-847-6

1. Historia de Europa. I. Rodríguez, Gerardo Fabián, ed. II. Domínguez, Carlos Rafael, trad. III. Título.

CDD 940

La imagen de tapa fue extraída de <https://www.tumblr.com/search/louis%20the%20pious>

<https://ar.pinterest.com/pin/653514595898616579/?d=t&mt=login>

ISBN 978-987-544-847-6



GLEM



Índice

Introducción	7
PRÓLOGO	17

Introducción

A María Luján Díaz Duckwen y su familia por su amistad fraternal

Los historiadores carolingios¹

Las investigaciones históricas de los últimos cincuenta años han demostrado la importancia que los biógrafos carolingios tuvieron en la construcción de las figuras de Carlomagno y Ludovico Pío. Mayke de Jong se refiere a estos autores como “narrativas de la novena centuria”², incluyendo en el listado a Ermoldo, Eginardo, Astrónomo, Thegan, Nitardo y Notker.

Thomas Noble subraya que si bien esta construcción toma como modelos autores de las tres tradiciones en las que abrevia —romana, cristiana y germánica—³, es en el transcurso del siglo IX que se fusionan, dando lugar a una fuerte secularización del género biográfico específicamente carolingio.⁴ Dentro de esta evolución, Dominique Iogna-Prat considera un aporte particular la construcción de un modelo de emperador cristiano que da cuenta de los soberanos francos de Carlomagno a Carlos el Calvo.⁵

Walter Berschin,⁶ en tanto, afirma que este modelo de rey/emperador cristiano hay que comprenderlo en un contexto más amplio, de conformación de una sociedad cristiana, que genera obras de carácter histórico en las que se mixturán historia, biografía y literatura (en el formato del panegírico).

¹ Una versión ampliada de lo aquí expuesto puede verse en Gerardo RODRÍGUEZ, “La historiografía carolingia de Ermoldo a Notker: estado actual de la cuestión”, *Medievalismo*, 24 (2014), pp. 353-369.

² Mayke de JONG, *The Penitential State. Authority and Atonement in the Age of Louis the Pious, 814-840*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009, p. 59.

³ Los autores que sirven de modelo a esta construcción carolingia incluyen a:

- Suetonio (70-126) y las *Vidas de los doce Césares*.
- Eusebio de Cesarea (265-339) y su *Vida de Constantino*.
- Jerónimo (340-420) y su obra *Sobre personajes ilustres* (referidos al cristianismo).
- Sidonio Apolinar (430-486) y su biografía del rey visigodo Teodorico II (453-466).
- Julián de Toledo (644-690) y su semblanza del rey visigodo Wamba (672-680).

De otros escritores más recientes toman algunas notas biográficas, incluidas en obras más extensas, como son los casos de Gregorio de Tours (530-590), Beda (673-735) y Paulo Diácono (720-800).

⁴ Thomas NOBLE, *Charlemagne and Louis the Pious. Lives by Einhard, Notker, Ermoldus, Thegan, and the Astronomer*, Translated with Introductions and Annotations, Pennsylvania, The Pennsylvania State University, 2009, p. 3.

⁵ Dominique IOGNA-PRAT, “La construction biographique du souverain carolingien”, en Patrick HENRIET (dir.), *A la recherche de légitimités chrétiennes. Représentations de l'espace et du temps dans l'Espagne médiévale (IXe. - XIIIe. siècle)*, Madrid, Casa de Velázquez, Annexes del CLCHM vol. 15, 2003, pp. 197-224.

⁶ Walter BERSCHIN, *Biographie und Epochenstil im lateinischen Mittelalter*, III (karolingische Biographie 750-920 n. Chr.), Stuttgart, Hiersemann, 1991, pp. 199-220.

Estas obras presentan una serie de rasgos comunes, entre los que sobresalen:

- a) Subrayan los aportes de un rey dentro del cuadro mayor de la dinastía carolingia, objetivo o finalidad de “*Vita et conuersatio*” inaugurado por Ermoldo y Eginardo.
- b) Filian las actuaciones de los diferentes monarcas con la figura de Carlomagno, dando lugar a una revisión constante de los períodos precedentes. Esta imitación del “modelo Carlomagno” fue llevada adelante principalmente por Nitardo y Notker.
- c) Resaltan la centralidad de la figura de Luis en el contexto del Imperio cristiano en gestación, centralidad subrayada por Ermoldo, Thegan y el Astrónomo.
- d) Utilizan ideológica y políticamente las biografías de la novena centuria para la fundamentación de un proyecto político, de una rama dinástica, de una facción nobiliar.

Es por ello que David Ganz afirma que esta construcción literaria de las figuras del soberano carolingio fue tanto una operación histórica como literaria, que implicó llevar adelante un profundo “revisionismo histórico y literario” del príncipe cristiano ideal.⁷

Los escritos históricos de los autores de la novena centuria forman parte de la renovación cultural carolingia que constituyó el soporte ideológico de las proyecciones políticas de los monarcas francos del período.⁸ Joaquín Martínez Pizarro⁹ y Philippe Depreux subrayan la importancia de la documentación de tipo histórico-narrativa que se sirve de sustrato y sustento de estos escritos. Es por ello que ambos insisten sobre el valor de esta “literatura narrativa”, ya que contiene tanto estereotipos retóricos, que se retoman con nuevas significaciones, como apreciaciones subjetivas del autor y un conjunto de “evidencias narrativas”, tales como referencias astronómicas precisas, características de las construcciones edilicias, datos referidos al ordenamiento jurídico, descripciones territoriales, referencias litúrgicas entre otras entre otros.¹⁰

Este entramado teórico y metodológico es el que permite leer con renovadas interpretaciones a estos autores y a su particular modo de escribir la historia, de relacionar el presente con el pasado, de conjugar emulación e innovación.¹¹ En los casos de Ermoldo,

⁷ David GANZ, “Charlemagne in Hell”, *Florilegium: Carleton University Annual Papers on Classical Antiquity and the Middle Ages*, 17 (2000), pp. 175-194.

⁸ Cf. Stuart AIRLIE, *Power and Its Problems in Carolingian Europe*, Farnham, Ashgate, 2012.

⁹ Joaquín MARTÍNEZ PIZARRO, *A Rhetoric of the Scene: Dramatic Narrative in the Early Middle Ages*, Toronto, University of Toronto Press, 1989.

¹⁰ Philippe DEPREUX, *Les Sociétés occidentales du milieu du Vie. à la fin du IXe. Siècle*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2002, pp. 51-61.

¹¹ Janet NELSON, “Kingship and empire in the Carolingian world”, en Rosamond MCKITTERICK (ed.), *Carolingian Culture: emulation and innovation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, p. 72; Matthew INNES and Rosamond MCKITTERICK, “The writing of history”, en Rosamond MCKITTERICK (ed.), *Carolingian Culture: emulation and innovation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 207-209.

Eginardo, Thegan, Astrónomo, Nitardo y Notker, este nuevo modelo sostiene y difunde una “liturgia de la autoridad” que, aunque con matices y variantes, permite aunar la tradición franca del *Rex francorum* con la romana de *imperator Augustus*, la cristiana de *imperium Christianum* y la novedad altomedieval de *gratia Dei rex*.¹² Así, por ejemplo, en el *aula regia* del palacio imperial de Ingelheim hay una puesta en escena de esta ligazón, dado que Luis es presentado como emperador romano-cristiano, dominador de los paganos y rodeado de frescos en los que están presentes Constantino, Teodosio, Carlos Martel, Pipino el Breve y Carlomagno.¹³

Luis I aparece representado como un monarca que aspira a la continuidad de la *Renovatio Regni Francorum*,¹⁴ de allí que todo lo que dicen los historiadores de la época deba ser interpretado como expresiones que configuran un verdadero proyecto ideológico, cultural y político, y se deba considerar a dichas obras como “objetos construidos narrativamente”¹⁵. Esto implica abordar dichos textos teniendo en cuenta una serie de

¹² Ildar GARIPZANOV, *The Symbolic Language of Authority in the Carolingian World (c. 751-877)*, Leiden, Brill, 2008, pp. 1-41.

¹³ ERMOLDO, IV, vv. 267-282. Por su parte, ASTRÓNOMO, c. 21-22 se refiere a la importancia de la tradición imperial romana en la corte carolingia, tradición que sobrevive pese a la creciente cristianización del Imperio.

¹⁴ Josef SEMMLER, “*Renovatio Regni Francorum*. Die Herrschaft Ludwigs des Frommen im Frankenreich, 814-829/830”, Peter GODMAN and Roger COLLINS (ed.), *Charlemagne's Heir. New Perspectives on the Reign of Louis the Pious (814-840)*, Oxford, Clarendon Press, 1990, pp. 125-146.

¹⁵ Joseph MORSEL, “Les sources son-elles ‘le pain de l'historien’?”, *Hypothèses 2003. Travaux de l'École doctorale d'histoire de l'Université Paris I Panthéon-Sorbonne*, Paris, Publications de la Sorbonne, 2004, pp. 273-286. Gabrielle SPIEGEL, *The Past as Text. The Theory and Practice of Medieval Historiography*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1999 p. XVIII subraya la importancia del lenguaje performativo al momento de analizar y considerar los textos medievales. Más adelante, pp. 3-28, fundamenta y ejemplifica la relación existente entre “realidad”, “contexto”, “estructura social” y el marco analítico elaborado por los historiadores, relación que necesariamente habla de textos y se expresa a través de textos.

cuidados metodológicos¹⁶ y en función de las continuas reconsideraciones de estos monarcas, en especial Luis y sus historiadores.¹⁷

Estas “narraciones históricas” tienen una función social,¹⁸ dado que conforman una determinada visión del mundo, muchas veces asociada a uno de los bandos en pugna. Por ello, sus autores pueden ser considerados “intelectuales” al servicio de una causa, que recurren al uso y la difusión de la escritura en su búsqueda por determinar criterios de verdad. Al respecto, Chris Wickham afirma que la relación entre “intelectuales” y política que se establece en el siglo noveno no se dará nuevamente hasta la revolución francesa.¹⁹ Por su parte, Matthias Becher sostiene que los *Anales carolingios* pueden ser considerados como una versión semioficial de la historia, el basamento sobre el que se desarrollan las demás

¹⁶ En este contexto incluyo mi producción sobre estas cuestiones de historiografía carolingia: Gerardo Rodríguez, “Un análisis de la épica y de la historia carolingia desde la Historia de los sentidos”, Rubén FLORIO (dir.), *Varia et diversa. Épica latina en movimiento: sus contactos con la Historia*, Mar del Plata y Santa Fe, Universidad Nacional de Mar del Plata y Universidad Nacional del Litoral, 2018, pp. 281-320; Gerardo Rodríguez, “Ecos de voces lejanas: las palabras que nos llegan a través de fuentes carolingias”, Gerardo RODRÍGUEZ y Gisela CORONADO SCHWINDT (dir.), *Paisajes sensoriales, sonidos y silencios de la Edad Media*, Mar del Plata, Grupo de Investigación y Estudios Medievales-UNMdP, 2016, pp. 65-87; Gerardo Rodríguez, “¿Cómo se construye la historia carolingia? Historia(s) y tradición(es) en la primera mitad del siglo noveno”, en Gisela CORONADO SCHWINDT, Viviana GASTALDI, Gabriela MARRÓN Gabriela y Gerardo RODRÍGUEZ (eds.), *Palimpsestos: escrituras y reescrituras de las culturas antigua y medieval*, e-book, Bahía Blanca, Ediuns, 2013, pp. 295-303; Gerardo RODRÍGUEZ, “La historia política de la Alta Edad Media y los historiadores carolingios de la novena centuria: los nuevos rumbos historiográficos”, en Gerardo RODRÍGUEZ (dir.), *Textos y contextos (II). Exégesis y hermenéutica de obras tardoantiguas y medievales*, Mar del Plata, EUEM, 2012, pp. 213-228; Gerardo RODRÍGUEZ, “Épica, memoria e historia. Cómo los carolingios escriben el mundo”, *História Revista - Revista da Faculdade de História e do Programa de Pós-Graduação em História da Universidade Federal de Goiás*, 17/2 (jul./diz. 2012), pp. 69-103; Gerardo RODRÍGUEZ, “La ‘otredad’ en la literatura histórica carolingia del siglo IX”, en Patricia ORBE (coord.), *Actas III Jornadas de Investigación en Humanidades*, Bahía Blanca, UNS, 2011, pp. 261-265; Gerardo RODRÍGUEZ, “La construcción histórica de la imagen del otro en las narrativas carolingias de la novena centuria”, en Gerardo RODRÍGUEZ (dir.), *Historia, Literatura y Sociedad: aproximaciones al mundo medieval desde el siglo XXI*, Mar del Plata y Bahía Blanca, GIEM y CEICAM, 2011, pp. 113-143; Gerardo RODRÍGUEZ, “Narrar y legislar: en torno a la penitencia de Luis I”, *Actas de las III Jornadas de Filosofía Política: justicia, equidad e igualdad*, Mar del Plata, UNMdP, 2010.

¹⁷ A modo de ejemplo cf. François-Louis GANSHOF, “Louis the Pious Reconsidered”, *History*, 42 (1957), pp. 171-180 y Thomas NOBLE, “The Monastic Ideal as a Model for Empire: The Case of Louis the Pious”, *Revue Bénédictine*, 86/3-4 (1976), pp. 235-250; Thomas NOBLE, “Louis the Pious and his Piety Reconsidered”, *Revue belge de philologie et d'histoire*, 58 (1980), pp. 297-316.

¹⁸ Tomo y adapto la noción de “función social de la prosa” elaborada por Gabrielle SPIEGEL, *Romancing the Past. The Rise of Vernacular Prose Historiography in Thirteenth-Century France*, Berkeley, University of California Press, 1993. Para esta autora, el recurrir a la prosa como medio para escribir historia en los siglos XII y XIII constituye una operación de tipo ideológico, de parte de un grupo de la élite, que pretende o reclama su propia legitimidad histórica, de allí que reemplacen al latín por la lengua vulgar.

¹⁹ Cris WICKHAM, *The inheritance of Rome: Illuminating the Dark Ages 400-1000*, Nueva York, The Penguin Books, 2010, p. 411: la importancia política de este grupo se observa en sus obras y textos justificatorios o laudatorios, en las excusas, en la promoción de determinados personajes.

narrativas del período.²⁰ Una idea similar es la propuesta por Rosamond McKitterick quien habla de la ilusión del poder real que transmiten.²¹

La palabra escrita cumplió una función de primer orden en la sociedad carolingia, dado que fue utilizada por el gobierno, por la administración, en las transacciones legales ordinarias y en las disposiciones en general. Permitió conformar una tradición histórica y cultural franca a partir de la reelaboración de las herencias romana, cristiana y germana. De allí que Rosamond McKitterick afirme que “para los francos la memoria era el recuerdo escrito”²². Es por ello que la literatura adquiere relevancia, dado que la extensión y la importancia concedidas a la memoria constituye tareas reservadas para una élite (letrada).²³ Según Patrick Geary, esta escritura de la memoria permitirá tanto el control del pasado como su presencia en el presente. La creación del pasado permitirá el desarrollo de la “memoria colectiva”, que se transmitirá tanto de manera oral como a través de la literatura.²⁴

En los siglos octavo y noveno, la memoria oral y escrita disputan el tratamiento, la selección y la interpretación de la escritura. Incluso algunos autores sostienen que esa cultura oral era esencial;²⁵ otros, en cambio, consideran que la “memoria social”, básicamente escrita, remitía al proceso de construcción y de reflexión del pasado.²⁶

Por ello, resulta necesario conocer a los autores del período, tanto en lo que se refiere a sus escritos como a los encuadres de producción, circulación y recepción de los mismos. Estos historiadores también nos informan y nos dan sus visiones sobre los otros, nos presentan elaborados procesos y mecanismos de construcción de alteridad, desde una perspectiva étnica —enemigo, hereje, mujer del enemigo o del hereje— que llevan a cabo. Estas recreaciones y relecturas, estas apropiaciones, generan anacronismos que deben considerarse como “necesarios mediadores” entre pasado y presente, dado que posibilitan el traslado de temas, figuras, personajes, instituciones de una realidad pretérita a “lectores” contemporáneos.²⁷

²⁰ Matthias BECHER, *Eid und Herrschaft: Untersuchungen zum Herrscherethos Karls des Grossen*, Sigmaringa, Thorbecke, 1993, pp. 21-77.

²¹ Rosamond MCKITTERICK, “The Illusion of Royal Power in the Carolingian Royal Annals”, *English Historical Review*, 460 (2000), pp. 1-20.

²² Rosamond MCKITTERICK, *The Carolingian and the Written World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, p. 134.

²³ Rosamond MCKITTERICK, *History and Memory in the Carolingian World*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, pp. 5-7.

²⁴ Patrick GEARY, *Phantoms of Remembrance. Memory and Oblivion at the End of the First Millennium*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1994, p. 7.

²⁵ Mary CARRUTHERS, *The Book of Memory: A Study of Memory in Medieval Culture*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, p. 11. Cf. en este mismo sentido Elisabeth van HOUTS (ed.), *Medieval Memories: men, women and their past, 700-1300*, Londres, Longman, 2001.

²⁶ James FENTRESS y Chris WICKHAM, *Social Memory*, Oxford, Blackwell, 1992, p. 26.

²⁷ Cf. Raymond CORMIER, “The Problem of Anachronism: Recent Scholarship on the French Medieval Romances of Antiquity”, *Philological Quarterly*, 53 (1974), pp. 145-157.

Por ello, considero posible compartir la tesis de Walter Goffart, según la cual los “historiadores bárbaros” generaron un relato historiográfico recurriendo a diferentes fuentes y técnicas narrativas, que los convierten en verdaderos historiadores, desde una concepción moderna de la profesión:²⁸ en el reino de Luis el Piadoso se genera una historiografía de corte, crucial para comprender la imagen pública y política de la monarquía y del monarca.²⁹

La construcción de una tradición franco-carolingia, a partir del análisis de las relaciones entre literatura e historia, remite al análisis del discurso que no puede entenderse como el estudio de una fórmula pura y perfecta sino que debe considerar los encuadres de producción, recepción, contenido, tiempo y espacio que le sirven de marco de referencia, en este caso, la producción histórica y literaria de la “renovación cultural carolingia”.

Jean Batany afirma que el proyecto ideológico-político que se evidencia en Ermoldo y que subyace en los fundamentos de la “propaganda carolingia” del siglo IX, derivó, con el devenir del tiempo, en el “mito carolingio” del siglo XII.³⁰ Esta construcción supuso reapropiaciones, resignificaciones, omisiones, silencios, interpolaciones, agregados. Y así como ciertos personajes se convirtieron en fundantes, otros, en cambio, fueron caracterizados negativamente.³¹

En particular, esta deconstrucción y construcción de la figura de Luis significó la vulgarización de su imagen. Se cuestionaron sus aptitudes como gobernante y los atributos de carácter, que el Astrónomo había tratado de hacer aparecer bajo una luz positiva,³² lo convertían, en contraste con el dinámico Carlos, cada vez más en “Luis el Piadoso”, en el demasiado bondadoso y débil epígono,³³ que sigue viviendo como tal en el uso idiomático del francés y en la conciencia histórica hasta el día de hoy.

No obstante ello y como señalé brevemente, a comienzos del siglo IX esta mirada era diferente. Ermoldo Nigello aseguraba que Luis estaba destinado a suceder a Carlomagno en

²⁸ Walter GOFFART, *The Narrators of Barbarian History (A.D. 550–800): Jordanes, Gregory of Tours, Bede, and Paul the Deacon*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1988, pp. 3-19.

²⁹ M. INNES and R. MCKITTERICK, “The writing...”, op. cit., p. 209.

³⁰ Cf. Jean BATANY, “Propagande carolingienne et mythe carolingien: le programme de Louis le Pieux, chez Ermold le Noir et dans le *couronnement de Louis*”, en Emmanuèle BAUMGARTNER (ed.), *La Chanson de Geste et le mythe carolingien. Mélanges René Louis*, 3 vol., Paris, Bibliothèque de l'École des chartes 1982, vol.1, pp. 313-340.

³¹ Cf. Susan FARRIER (ed.), *The Medieval Charlemagne Legend: An Annotated Bibliography*, Londres, Routledge, 1993.

³² ASTRÓNOMO, Prólogo.

³³ NITARDO, I, Prólogo le dedica el texto a Carlos y le advierte que preste atención de “*los tiempos terribles de su piadoso padre*”, acusado de ser el causante de las divisiones internas, inclusive familiares (I, c.3) e incapaz para gobernar, incapacidad que ve reflejada en la actitud pasiva que asume ante los hechos.

razón de su piedad;³⁴ en tanto, el Astrónomo, parafraseando la parábola de los talentos,³⁵ asegura que el rey de Aquitania era el legítimo heredero del Imperio carolingio³⁶ y actuaba en consecuencia, por ejemplo, buscando mejorar la administración regia en base a nuevos criterios de ordenación jurídico-administrativa.³⁷

Astrónomo³⁸

Los trabajos de Philippe Depreux,³⁹ Wolfgang Tenberken⁴⁰ y Ernst Tresp⁴¹ posibilitan reconstruir la actividad intelectual del Astrónomo. Estos autores subrayan su particularidad que recurre a una gran variedad de textos para escribir su biografía, aunque no siempre sea posible establecer filiaciones con precisión, más allá de las más simples y evidentes⁴² así como la exactitud de la información que brinda.⁴³

³⁴ ERMOLDO, vv. 600-635. ASTRÓNOMO, Prólogo. Philippe DEPREUX, “La *pietas* comme principe de gouvernement d’après le *Poème sur Louis le Pieux* d’Ermold le Noir”, en Joyce HILL and Mary SWAN (ed.), *The Community, the Family and the Saint: Patterns of Power in Early Medieval Europe*, Turnhout, Brepols, 1998, pp. 201-224 subraya cómo la obra de Ermoldo en general está puesta al servicio de la defensa de la piedad de Luis como principio rector de su gobierno.

³⁵ Mt XXV, 14-30; Lc XIX, 12-27.

³⁶ ASTRÓNOMO, c. 19.

³⁷ TEGHAN, C.10. Philippe DEPREUX, “Nithard et la *res publica*: un regard critique sur le règne de Louis el Pieux”, *Médiévales*, 22-23 (printemps 1992), pp. 149-161 considera que estos cambios se deben más a cuestiones políticas (recompensar a los fieles y vasallos de Luis) que a razones administrativas. Incluso afirma que el ejercicio del poder público de Luis es firme a principios de su reinado pero que declina hacia 830-833. En TEGHAN, c.19 pueden encontrarse argumentos para defender esta tesis.

³⁸ Cf. mi producción sobre este autor: Gerardo RODRÍGUEZ, “Mito e historia en Astrónomo y Thegan”, en Olivia CATTEDRA (dir.), *Mito e Historia I: El Umbral del Tiempo*, Bahía Blanca, CEICAM-UNS, 2011, pp. 233-246; Gerardo RODRÍGUEZ, “Literatura histórica carolingia o cómo se construye la figura del soberano en el siglo IX. Luis el Piadoso en las obras de Astronomus, Ermoldus y Theganus”, en Ariel GUIANCE (comp.), *Movilidad y migraciones. Actas de las III Jornadas Multidisciplinarias, llevadas a cabo en Buenos Aires, del 22 al 24 de octubre de 2008*, Buenos Aires, CONICET, 2011, pp. 127-137; Gerardo RODRÍGUEZ, “La Virgen María en Ermoldo y el Astrónomo”, en *Actas de las VIII Jornadas de Investigadores del Departamento de Historia*, Mar del Plata, UNMDP, 2010.

³⁹ Philippe DEPREUX y Stefan ESDERS (coord.), ANR-DFG HLUDOWICUS *La productivité d’une crise: Le règne de Louis le Pieux (814-840) et la transformation de l’Empire carolingien*, proyecto de investigación común entre la Universidad de Limoges y la Universidad Libre de Berlín, 2008-2011, cf. <http://www.hludowicus.eu>.

⁴⁰ Wolfgang TENBERKEN, *Die Vita Hludowici Pii auctore Astronomo: Einleitung und Edition*, Friburgo de Brisgovia, Rottweill, 1982.

⁴¹ Ernst TREMP, “Thegan und Astronomus, die beiden Geschichtsschreiber Ludwigs des Frommen”, en Peter GODMAN and Roger COLLINS (ed.), *Charlemagne’s Heir. New Perspectives on the Reign of Louis the Pious (814-840)*, Oxford, Clarendon Press, 1990, pp. 691-700.

⁴² Stuart AIRLIE, “The world, the text and the Carolingian: royal, aristocratic and masculine identities in Nithard’s *Histories*”, en Patrick WORMALD y Janet NELSON (ed.), *Lay Intellectuals in the Carolingian World*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, p. 72. Rosamond McKitterick estudia la importancia de las versiones “D” y particularmente “E” de los *Annales regni francorum* en Thegan y Astrónomo, en Rosamond MCKITTERICK, *Perceptions of the Past of the Early Middle Ages*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 2006, pp. 63-89.

⁴³ ASTRÓNOMO, c.7: ofrece información precisa sobre la creciente influencia de los *milites* en la fragmentación del reino a poco de la muerte de Luis y la necesidad de recaudar tributos para sostenerlos, cosa que no ocurría en tiempos de Carlomagno.

La *Vita Hludovici imperatoris* -o también ocasionalmente denominada como “la vida más grande del emperador Ludovico” ha sido transmitida en forma anónima⁴⁴ y por lo tanto será conocida según c.58 de la *Vita*, en donde describe en su carácter de astrónomo de la corte la aparición del cometa Halley, en la primavera del 837, y conversa con el emperador sobre ello.⁴⁵ Esto permite calificarlo de “hombre de confianza” de Ludovico el Pío.⁴⁶ Ciertamente era miembro de la capilla de la corte y tenía conocimiento y visión de los sucesos del Imperio. Junto con sus sobresalientes saberes astronómicos, contaba con profundo conocimiento en medicina, era versado en derecho laico y disponía de un alto nivel de formación literaria en general. Pertenecía —como lo formulara Wolfgang Tenberken— “a aquellos hombres de la segunda generación de la reforma carolingia, que si bien no contaban con la genialidad y seducción de los precursores, crecidos e influidos por la reforma cultural, llevaron igualmente a cabo buenos logros”⁴⁷.

La *Vita Hludovici imperatoris* fue redactada entre los meses del verano del 840 y la primavera del 841. Esto surge de la postura mediadora que el Astrónomo toma con respecto a los hijos: a Lotario le corresponde, como emperador y sucesor de su padre, una posición de preferencia, por otro lado también se reconoce la pretensión de Carlos el Calvo a una parte del Imperio y se menciona en términos elogiosos la fraternal concordia entre ambos en 839,⁴⁸ mientras que a Luis el Germánico, que fuera desterrado a Baviera, apenas se le concede atención. De tal manera, solo podía escribirse sobre una época cerca de la batalla de Fontenoy, de junio de 841.

La intención de la obra surge claramente de su estructura y de su prólogo. Constituye su temática: la vida y obra de Ludovico desde el nacimiento hasta la muerte, la juventud, la actividad de gobierno en Aquitania y el dominio en el Imperio entero, las tareas como general y los méritos por la reforma eclesiástica, las desilusiones y golpes del destino en el último decenio, las últimas horas y el momento de cara a la muerte.

De manera inconfundible el Astrónomo se apoyó en el modelo que Eginardo había creado con la vida de Carlos. No solo conoció y utilizó la *Vita Karoli* —como también ya lo hiciera Thegan— sino que conformó su biografía monárquica de igual manera, de acuerdo a puntos temáticos esenciales. Mientras que para Eginardo la *magnanimitas* y la *animositas* son las

⁴⁴ W. TENBERKEN, *Die Vita...*, pp. 1 y ss.

⁴⁵ ASTRÓNOMO, c.58.

⁴⁶ M. INNES and R. MCKITTERICK, “The writing...”, op. cit., p. 210 se refieren a él como escritor oficial, dado que su texto tiene por objetivo justificar en un texto público la política oficial, para lo cual utiliza otros textos que tiene a disposición en el archivo de palacio, en especial Drogo de Metz. Cf. ASTRÓNOMO, c.63.

⁴⁷ W. TENBERKEN, *Die Vita...*, op. cit., p. 11.

⁴⁸ ASTRÓNOMO, c.59, 21.22; c.60, 41-44.

que definen el accionar de Carlos como soberano ideal, así Ludovico corporiza para su biógrafo las antiguas virtudes cardinales cristianas de la *sobrietas*, la *sapientia*, la *iustitia* y la *virtus*, en torno de las cuales se agrupa toda una serie de dignidades de sello cristiano,⁴⁹ parcialmente originadas en el círculo de vida monástico. No obstante, en la profundización de la imagen soberana, Astrónomo trascendió a su modelo y recurrió nuevamente al patrón hagiográfico, que Sulpicio Severo había creado con la *Vita S. Martini*.⁵⁰

A diferencia de Eginardo, la imagen ideal del soberano cristiano recogida en el prólogo no es siempre fácilmente reconocible, debido a sus referencias sumamente escuetas, a los recursos técnicos utilizados, a la organización de tipo anuario cronológico que se presenta a lo largo de sesenta y cuatro capítulos en la obra equivalentes a sesenta y dos años de la vida de Ludovico. Recién los últimos tres capítulos dedicados a la muerte del emperador⁵¹ vuelven a poner en primer plano los rasgos biográficos básicos, teñidos hagiográficamente, alcanzándose así una conclusión armónica de la obra.

⁴⁹ ASTRÓNOMO, c.55 compara a Luis con David, ambos son magnánimos y solícitos; el emperador franco lo demuestra en ocasión de la peste que azota Italia en 836-837.

⁵⁰ *Sulpicius Sévère. Vie de Saint Martin*, Introduction, texto et traduction par Jacques Fontaine, 3 volúmenes, París, du Cerf, 1967-1969.

⁵¹ ASTRÓNOMO, c.62 a c.64.

PRÓLOGO

Cuando se traen a la memoria las gestas de los antiguos, buenas o malas, principalmente las de los príncipes, se encuentra en ellas una doble utilidad para los lectores: algunas son para provecho y edificación; otras, para cautela. Los príncipes, constituidos en lo alto, son como espejos y no pueden estar ocultos y su fama tanto más se propaga cuanto que se los puede observar desde más distancia y en tanto son más los que se alimentan de su bondad cuanto más alto estén y sean dignos de ser imitados. Que esto es así lo atestiguan los relatos de los antepasados que transmiten su instrucción a la posteridad mostrando cada príncipe qué camino ha seguido en la vida.

Imitando su ejemplo, no queriendo ser desleales para los presentes ni celosos para los futuros, relatamos, aunque en un estilo poco docto, la vida del ortodoxo emperador Ludovico, agradable a Dios. Confieso sin el menor intento de adulación que no solo mi ingenio, que es muy exiguo, sino el de los más grandes, resulta pequeño ante una empresa tal. Hemos aprendido por la autoridad de la palabra divina que la santa sabiduría *nos enseña que no hay en la vida nada más útil para los hombres que la sobriedad, el saber, la justicia y la virtud*. Ludovico practicó sin distinción todas estas virtudes de modo que no se sabe cuál de ellas debe admirarse más. ¿Qué puede haber más sobrio que su sobriedad, que con otras palabras puede llamarse frugalidad o templanza? La practicó de tal manera que para él era familiarísimo aquel antiguo proverbio, celebrado hasta en el cielo, que dice: *Ne quid nimis, (Todo con medida)*. Gozaba de aquella sabiduría, aprendida de la autoridad de la Escritura cuando dice: *He aquí el temor del Señor, que es la sabiduría*. De cuánto haya cultivado la justicia son testigos aquellos que conocieron sus ardientes deseos de que cada categoría de hombres cumpla lo que corresponde a su categoría y sobre todo a Dios, cada uno amando a su prójimo como a sí mismo. Su virtud fue tan grande que acosado por males enormes y herido por injurias privadas y externas, no hubo ninguna carga de las injurias que pudiera quebrar su pecho, invencible con la ayuda de Dios. Sus émulos le achacan haber sucumbido a una sola culpa: haber sido demasiado clemente. Nosotros digámosle a esos tales con el apóstol: *Perdonadme este agravio*. Si todo esto es cierto, el lector atento podrá saberlo.

Todo lo que he escrito, hasta los tiempos del Imperio lo tomé del relato del muy noble y devoto monje Ademar, que fue su contemporáneo y fue criado con él;

las cosas posteriores, en las que intervine en el palacio y pude ver y registrar, las puse acá por escrito, trabajando de este modo para la paz y concordia de la Iglesia.

[I] Carlos, el más famoso de los reyes, en su tiempo no inferior a ningún otro, después de la muerte de su padre y del infausto deceso de su hermano Carlomán, recibió el gobierno del pueblo y reino de los francos y creyó que tendría un apoyo invencible de salvación y prosperidad, si conseguía estrechar los lazos fraternos entre los pacíficos y dominaba a los rebeldes con equitativa severidad, brindando ayuda a los oprimidos por los paganos y conduciendo de algún modo a los enemigos del nombre cristiano al reconocimiento y confesión de la verdad.

Con estos esfuerzos dio inicio a su reinado, pidiendo para ello la protección y confirmación de Cristo, después de haber ordenado los asuntos de Francia como mejor estimó y con la ayuda de Dios, se trasladó a Aquitania, que estaba preparando acciones de guerra contra el tirano Hunaldo, su promotor, ya levantado en armas. El temor obligó a Hunaldo a dejar la Aquitania, encontrando su salvación en la fuga, salvando así su vida ocultándose en forma errante.

[II] Hecho esto y ordenados oportunamente los asuntos públicos y privados, el rey dejó a la muy noble y piadosa reina Hildegarda, que estaba embarazada, en el palacio real en Chasseneuil y cruzó el río Garona, en el límite entre los aquitanos y los vascos, que hacía tiempo habían sido puestos bajo su dominio con su príncipe Lupo y sus propiedades. Desde allí, dada la oportunidad y la conveniencia, decidió atravesar los difíciles montes Pirineos y llegar hasta Hispania para auxiliar, con la ayuda de Cristo, a la Iglesia que estaba sufriendo bajo el acervo yugo de los sarracenos. Estos montes, cuya altura casi toca el cielo, con horrorosas escabrosidades, con selvas oscuras, con caminos angostos o, más bien, sendas casi imposibles para un ejército y apenas aptas para unos pocos. Pero, con el favor de Cristo, el camino se hizo próspero. El ánimo emprendedor del rey, fortalecido por Dios, no era inferior al de Pompeyo ni menos empeñoso que el de Aníbal, que con grandes fatigas propias y de los suyos y con enormes pérdidas lograron vencer la adversidad de estos lugares. Pero la felicidad de este tránsito, si así puede decirse, se vio opacada por el infiel e incierto azar de la esquiva fortuna. Después de haber hecho todo lo que se pudo hacer en Hispania y se tomaba con prosperidad el camino

del retorno, infortunadamente fueron muertos los hombres de la retaguardia del ejército. No menciono los nombres de los caídos porque son ya conocidos.

[III] De regreso, el rey encontró que su mujer Hildegarda había parido mellizos. Uno de ellos, afectado por muerte prematura falleció antes de ver la luz. El otro, una vez fuera del útero estaba siendo alimentado como todos los infantes.

Nacieron en el año DCCLXXVIII de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo. Al que presentaba una intensa condición de vida, después de renacer por las aguas del bautismo, fue del agrado del padre llamarlo Ludovico y entregarle el reino que le había dedicado al nacer. Sabía el muy sabio y perspicaz rey Carlos que un reino se parece a un cuerpo y padece esta o aquella molestia si no es atendido con prudencia y fortaleza, así como la salud del cuerpo es atendida por los médicos. Por lo tanto se rodeó convenientemente de algunos obispos. Nombró en toda la Aquitania condes, abades y otros muchos denominados vasallos, de entre los francos, cuya prudencia y fortaleza no pudiera ser doblegada ni por astucia ni por la fuerza, y a ellos les confió, en cuanto creyó de utilidad, la vigilancia del reino, la seguridad de las fronteras y la administración de los campos de las propiedades reales. En la ciudad de Bourges puso primeramente como conde a Humberto y posteriormente a Esturbio; en Poitiers, a Abón; en Périgors a Widbo; en Auvernia a Iterio; en Velay a Bullo; en Toulouse, a Corsone; en Bordeaux, a Siguino; en Ibigeois, a Haimo; y en Limoges a Rotgar.

[IIII] Habiendo tomado estas disposiciones trasladó el ejército al otro lado del Loira y él marchó a Lutecia, que también recibe el nombre de París. Después de no mucho tiempo se encendió en él el deseo de visitar Roma, en otro tiempo dueña del orbe y llegar a los pies del príncipe de los apóstoles y doctor de las gentes para encomendarle su prole para que con la protección de aquel a quien le fue dada toda potestad en el cielo y en la tierra, así también él pueda proteger a sus súbditos y quebrar la soberbia de los rebeldes. Pensó también que sería para él una ayuda no pequeña si él y sus hijos recibían de su vicario la bendición sacerdotal con las insignias reales. Todo esto se hizo, con el favor de Dios, según su deseo y allí mismo su hijo Ludovico, aún en la cuna, recibió una bendición apropiada para quien iba a reinar y fue honrado con la diadema real, por manos del venerando obispo Adriano.

Hecho en Roma todo lo que pareció conveniente, el rey Carlos con sus hijos y el ejército regresó a Francia y envió a su hijo Ludovico a Aquitania, donde sería rey.

Nombró a Arnolde como preceptor y otros ministros para cubrir con orden y adecuadamente la tutela del menor. Fue conducido hasta Orleans en una cuna y allí fue ceñido con las armas indicadas para su edad, fue colocado sobre un caballo y conducido así a Aquitania, con el favor de Dios. Mientras estuvo allí no muchos años, precisamente IIII, el glorioso rey Carlos sostuvo duros y cambiantes conflictos con los sajones. Siempre estuvo precavido para que, debido a sus largas ausencias, los aquitanos no quebrasen el orden o para que el hijo en su tierna edad no aprendiera algo de las costumbres de los peregrinos, que difícilmente luego puede corregirse si se incorporó en esa temprana edad. Cuando el hijo ya anduvo bien a caballo lo envió con todo el pueblo armado, salvo a los marquesados, que estaban para proteger los límites del reino, rechazando las incursiones de los enemigos si estas llegaban a producirse. Ludovico participaba con obediencia en estas empresas en la medida de su capacidad siguiendo a su padre hasta Paderborn, con la vestimenta de los vascos al igual que los niños de su edad, o sea, una capa redonda, una camisa de mangas abiertas, calzones inflados, espuelas insertas en las sandalias, un arma arrojadiza en la mano; todo esto lo había dispuesto a su gusto la voluntad paterna. Permaneció así con su padre y marchó con él hasta Erisburg, hasta el tiempo en que el sol, descendiendo de su eje, templó el ardor estival con la moderación del otoño. Llegado ese momento, con el permiso de su padre, regresó a Aquitania para pasar el invierno.

[V] En ese tiempo, Corso, duque de Toulouse, sufrió el engaño de un cierto vasco, de nombre Adelrico, y fue liberado por él de sus juramentos. Para reparar este hecho vergonzoso el rey Ludovico y sus nobles, con cuyo consejo se administraba el reino de Aquitania realizaron una convención general en un lugar de Septimania llamado Gotentod. El mencionado vasco acusado del hecho fue citado pero dilató su llegada hasta que finalmente, obligado por la retención de rehenes, se hizo presente. No habiendo sufrido nada por causa de los rehenes, además recibió presentes y habiendo entregado a los nuestros y recibido a los suyos se retiró.

En el verano siguiente por orden del padre, el rey Ludovico se trasladó en forma simple y no como en una expedición a Worms y permaneció allí con él en el invierno. Ahí el mencionado Alderico fue obligado a presentarse ante los reyes para defender su causa. Fueron escuchadas sus excusas pero no aprobadas. Fue proscrito y exiliado de forma irrevocable. Corso, por cuya causa habían sufrido un gran deshonor el rey y los francos, fue removido del ducado de Toulouse. En su lugar

fue designado Guillermo. Este encontró a la nación de los vascos —que ya son levantiscos por naturaleza— que a causa de dicho evento y por el castigo de Alderico estaban más encarnizados aún. Sin embargo, tanto con su astucia como por la fuerza los sometió en poco tiempo y le impuso la paz a esa nación. En ese mismo año el rey Ludovico celebró una convención general en Toulouse. Allí Abutauro, líder de los sarracenos, con los demás pueblos limítrofes de Aquitania, le envió mensajeros pidiendo la paz y ofreciendo regios presentes. Estos fueron aceptados por voluntad del rey y los mensajeros regresaron.

[VI] Al año siguiente el rey Ludovico fue a encontrar a su padre en Ingelheim y desde allí se dirigió con él a Regensburg. Allí, ya entrando en la adolescencia, fue ceñido con la espada. Se unió a su padre en Awaren y lo acompañó con el ejército hasta Wienerwald. Luego se le ordenó regresar y permanecer con la reina Fastrada hasta el regreso del padre. Con ella permaneció todo el invierno, estando el padre en la expedición comenzada. Cuando el padre regresó de la expedición en Aware, recibió Ludovico orden de marchar a Aquitania y luego dirigirse a Italia con cuantas tropas pudiera para auxilio de su hermano Pipino. Obedeciendo esta orden, regresó a Aquitania en el otoño y, ordenado todo lo que correspondía a la seguridad del reino, marchó a Italia por los ásperos y serpenteantes desfiladeros de Mont Cenis y, habiendo celebrado la Navidad en Ravena, llegó hasta su hermano Pipino. Uniendo sus fuerzas marcharon a la provincia de Benevento y devastando todo a su paso se apoderan de un castillo.

Transcurrido el invierno, se dirigieron prontamente hasta su padre, con una sola noticia que empañaba esta marcha veloz y era la de haber comprobado que Pipino, su hermano natural, había tramado una rebelión contra el padre común y que numerosos nobles, convictos de ese delito habían sido juzgados y condenados a muerte. A marchas forzadas llegaron hasta el padre en un lugar de Baviera llamado Salz y fueron allí recibidos por él con mucha alegría. El rey Ludovico pasó con su padre todo lo que quedaba del verano, el otoño y el invierno. El padre estaba muy atento para que a Ludovico no le faltase lo necesario para su alimentación y para que ninguna influencia exterior pudiera deshonrarlo.

Al empezar la primavera el padre, al despedirlo, le preguntó por qué, siendo rey, era tan estricto en sus gastos personales, hasta el punto de que él mismo no podía ofrecerle ningún presente si no le era solicitado. Recibió de él esta

contestación: “*Cuando los nobles se ocupan de sus asuntos privados y descuidan los públicos y perversamente convierten los bienes públicos en privados, conservan el nombre de señores pero son mendigos de todos*”. Pero temiendo que la estima del hijo pudiera sufrir algún daño de parte de los nobles, si prudentemente los privaba de algo que por desconocimiento les hubiera dado, le envió como nuncios a Wilberto, posteriormente arzobispo de Rouen y al conde Ricardo, administrador de sus propiedades rurales, ordenándole que las propiedades que habían estado para utilidad real fueran restituidas para el bienestar público. Lo que se hizo.

[VII] Recibidos los nuncios, el rey dio constantes pruebas de su prudencia y puso de manifiesto su sentimiento de una genuina misericordia. Determinó pasar los inviernos en cuatro lugares distintos, de modo que, transcurridos tres años, en el cuarto cada lugar lo habría recibido durante un invierno. Los lugares fueron. Pfalzen Doué, Chasseneuil, Angeac y Ebreuil. Al cabo del cuarto año todos esos lugares habían recibido suficiente atención de parte del rey. Ordenados todos los asuntos con suma prudencia, dispuso que los plebeyos no debían entregar más las anonas militares, que vulgarmente se denominan *foderum*. Aunque esto los militares lo veían con desagrado él, hombre misericordioso, considerando la penuria de los dadores y la crueldad de los que los exigían, y las pérdidas por parte de cada uno, consideró más conveniente abastecer a los suyos de lo propio de él, que permitir que los suyos carecieran de los alimentos necesarios. En ese tiempo con su gran generosidad liberó a los albigenses del tributo en vino y víveres con el que estaban gravados. Tenía entonces consigo a Meginario, enviado por su padre, hombre sabio y práctico y conocedor del provecho y honor que le corresponden al rey. Se dice que estas cosas en tal medida le parecieron bien a su padre que prohibió el sistema de anona militar en toda Francia y ordenó que se corrigieran muchas otras cosas constatando los felices resultados obtenidos por el hijo.

[VIII] A continuación el rey se dirigió a Toulouse y celebró allí una convención general. Recibió con presentes a los enviados del príncipe Alfonso de Galitzia que habían llegado para confirmar la amistad y los despidió en paz. También de Bahaluc, líder de los sarracenos, que residían en una región montañosa próxima a Aquitania recibió y despidió legados que llegaron con presentes para pedir la paz. Temiendo en ese tiempo que, siendo más elevado el calor del natural del cuerpo, pudiera caer en los abismos de la lujuria, se unió en matrimonio con la futura reina

Irmingarda, de origen esclarecido, dado que era hija del conde Ingramno. Dispuso también en ese tiempo una custodia muy segura en los límites de Aquitania; fortificó el castillo de Cardona y de Castaserra y dotó de personal otras fortificaciones que estaban desiertas, encomendándoselas al conde Burelo para su vigilancia con oportunas fuerzas.

[VIII] Pasado el invierno, el padre envió por él pidiéndole que acudiera con la mayor cantidad de gente posible para marchar contra los sajones. Sin dilación se dirigió hasta su padre que estaba en Aquisgrán. Luego marchó con él hasta Friermersheim a orillas del Rin. Permaneció con su padre en Sajonia hasta el día de San Martín. Luego dejó Sajonia junto con su padre y marchó a Aquitania, pasada ya una gran parte del invierno.

[X] Llegado el verano el rey Carlos le comunicó que marchara con él a Italia pero, cambiando de parecer, se le ordenó luego permanecer en Aquitania. Carlos fue a Roma y recibió allí la diadema imperial. Ludovico estuvo de nuevo en Toulouse y de allí partió a Hispania. Cuando se acercaba a Barcelona, salió a su encuentro Zado, líder de la ciudad y ya sometido, pero no entregó la ciudad. Siguió hasta Lérida, a la que sometió y destruyó. Destruída esa ciudad y devastados e incendiados los alrededores, se dirigió a Huesca. Allí sus fuerzas militares arrasaron e incendiaron sus valiosos campos y todos los alrededores de la ciudad fueron consumidos por el fuego. Cumplido todo esto, acercándose ya el invierno, regresó a su tierra.

[XI] Habiendo vuelto el verano, el gloriosísimo emperador Carlos se dirigió a Sajonia y le ordenó a su hijo que acudiera a ese lugar para luego pasar allí el invierno. Ludovico llegó rápidamente a Narbona y, cruzando el Rin, se apresuraba por llegar hasta su padre. Antes de llegar hasta él recibió un mensaje de su padre, estando en un lugar llamado Ostfalen, indicándole que no se fatigara más con esa marcha, que estableciera el campamento en un sitio oportuno y allí lo esperara a él. Sometido todo el pueblo de los sajones, el victorioso emperador Carlos, iniciaba su regreso. Habiendo el hijo salido a su encuentro, lo abrazó y besó, colmándolo de agradecimiento y de alabanzas, repitiendo a menudo que reconocía su ayuda y su obediencia. Manifestaba su felicidad por tener un hijo tal. Sin embargo, terminada la muy larga y cruel guerra con los sajones, que, según se dice, duró unos treinta y tres años, el rey Ludovico fue despedido por su padre para regresar a su reino propio y Carlos se retiró con los suyos para pasar el invierno.

[XII] Habiendo transcurrido el invierno, el emperador Carlos, aprovechando el tiempo oportuno ya que no debía enfrentar guerras externas, se dedicó a recorrer los lugares del reino contiguos al mar. Habiendo sabido esto, el rey Ludovico, envió a Ademar a Rouen para pedirle a su padre que se llegara hasta Aquitania, el reino que a él le había otorgado, acercándose hasta Chasseneuil. El padre recibió honorablemente esta petición, pero se negó a la solicitud y le ordenó que fuera a encontrarlo a él en Tours. Así lo hizo el hijo y fue recibido gratamente y regresando a Francia llegó a Ver y partiendo desde allí volvió a Aquitania.

[XIII] En el verano siguiente, Zado, líder de Barcelona, fue persuadido por alguien a quien consideraba un amigo a ir a Narbonne. Allí fue apresado y llevado primeramente ante Ludovico y luego ante Carlos. En ese mismo tiempo el rey Ludovico, reunió al pueblo de su reino en Toulouse y deliberaba sobre lo que parecía conveniente hacer. Después de la muerte de Burgundio, Liutardo fue asignado al condado de Ferzensac. Los vascos se sintieron molestos con esta designación y llegaron a tal petulancia de que a algunos de sus hombres los mataron con la espada y a otros con fuego. Los culpables fueron citados y primeramente se negaron a acudir, pero luego de algún modo se acercaron, fueron juzgados y pagaron debidamente su atrevimiento, incluso algunos, según la ley del talión, fueron quemados vivos.

Después de estos hechos, le pareció bien al rey y a sus consejeros marchar contra Barcelona. Dividido el ejército en tres partes, una permaneció con Ludovico en Roussillon; otra fue destinada al sitio de la ciudad al mando del conde Rostagno, de Gerona; una tercera parte fue ubicada algo más lejos de la ciudad por si los sitiadores eran superados por los enemigos. Los sitiados pidieron auxilio a la ciudad de Córdoba. El rey de los sarracenos prontamente envió un ejército en auxilio. Llegando a Zaragoza los que habían sido enviados, se encontraron en el camino frente a un ejército. Estaban allí Guillermo, primer jefe del ejército y Ademar con un importante número de tropas de auxilio. Ante esto, aquellos se dirigieron a Asturias y entablaron allí una improvisada batalla en la que fueron seriamente derrotados. Cuando los vencidos se retiraron, los nuestros volvieron para unirse con los sitiadores, no permitiendo que nadie saliese de la ciudad o entrase en ella. Los sitiados, acosados por el hambre, se vieron obligados a comer los cueros ya viejos de animales sacrificados convirtiéndolos en un muy desagradable alimento. Entre

los sitiados algunos infelizmente preferían la muerte a esa vida y se arrojaban desde los muros. Otros, exánimes, se animaban pensando que los francos, debido a las asperezas del invierno, abandonarían el sitio. Pero la determinación de hombres prudentes hizo que esa esperanza fuese vana. Los sitiadores, consiguiendo materiales de cualquier parte, comenzaron a construir cabañas, dispuestos a pasar allí el invierno. Viendo esto los habitantes de la ciudad, abandonaron toda esperanza, y cayendo en una extrema desesperación, traicionaron a su jefe, un pariente de Zado, elegido en su lugar, de nombre Hamur y se entregaron a sí mismos y a la ciudad permitiendo que se accediera a ella con seguridad. Sucedió lo siguiente. Cuando los nuestros vieron la ciudad agotada por el prolongado sitio y creyeron que ya estaba para ser tomada o entregada, adoptaron la decisión razonable de convocar al rey Ludovico, para que así se añadiera al rey el glorioso nombre de esa ciudad, si estando él presente, era conquistada. El rey prestó acertadamente su consentimiento a esa propuesta. Llegó, pues, hasta su ejército que estaba sitiando la ciudad. El incansable sitio duró obstinadamente seis semanas. Finalmente la ciudad, vencida, se entregó a los vencedores. Entregada y abierta la ciudad, en el primer día el rey dispuso allí una custodia. El rey se abstuvo de ingresar hasta que hubiera dispuesto una digna ceremonia de acción de gracias a Dios consagrando a su nombre esta victoria. Atravesó al día siguiente la puerta de la ciudad precediéndola él y el ejército, los pontífices y el clero en un solemne marco de himnos y alabanzas, marchando hasta la iglesia de la santa y victoriosa cruz, para dar las debidas gracias a Dios por esta victoria obtenida por gracia divina.

Después de esto, Ludovico dejó para custodia al conde Bera con tropas auxiliares de godos y regresó a su propio territorio para pasar el invierno. Su padre, entendiendo que el peligro de los sarracenos era inminente, le envió en su ayuda a su hermano Carlos. Cuando este marchaba hacia Lyon para auxilio de su hermano, recibió la noticia por nuncios de este de que la ciudad había sido capturada y que no necesitaba ya proseguir la marcha. Dejando ese lugar, regresó hasta su padre.

[XIII] Mientras el rey Ludovico pasaba el tiempo invernal en Aquitania, su padre, el rey, le ordena acudir a Aquisgrán para una entrevista en el día de la Purificación de Santa María Madre de Dios. Allí acudió y permaneció todo el tiempo que le pareció oportuno, regresando para la cuaresma.

En el verano siguiente parte hacia Hispania con todo el aparato bélico que estimó conveniente. Pasó por Barcelona y llegó hasta Tarragona. Allí capturó a algunos enemigos, a otros los puso en fuga y a todos los lugares, fortificaciones y aldeas hasta Tortosa sus fuerzas los arrasaron y *la llama voraz los consumió*. Entre tanto, en un paraje llamado Santa Columba, dividió sus tropas en dos cuerpos, conduciendo personalmente la división más numerosa hasta Tortosa. La otra parte fue enviada rápidamente al mando de Isenbardo, Ademar, Bera y Burelo, hacia las tierras aguas arriba del Ebro, para que, cruzando el río, mientras los enemigos estaban en sus territorios fueran atacados de improviso o, al sentir la conmoción en la región, se sumiesen en el mayor pavor. Mientras el rey se dirigía a Tortosa, los hombres mencionados marchaban de noche por las tierras al otro lado del Ebro y de día a través de los bosques. Cruzaron luego a nado el Cinga y el Ebro. Habían marchado por seis días y al séptimo cruzaron el río. Habiendo resultado incólumes, devastaron muy ampliamente la tierra de los enemigos y llegaron hasta su población más grande, que se llama Villa Rubea. Allí obtuvieron un enorme botín, dado que los enemigos fueron atacados cuando nada sospechaban.

Tras estos hechos, los que lograron evitar esta masacre divulgaron por todas partes la noticia, de modo tal que se reunió una multitud no pequeña de sarracenos y moros y se establecieron a la entrada de un valle que se llama Valla Ibana. Ese valle es de tal naturaleza que, siendo profundo, está en algunas partes rodeado por montes abruptos y altos. Si la providencia divina no hubiese intervenido para que los nuestros no entrasen allí, los enemigos, casi sin trabajo alguno, podrían haber matado a muchos o haberlos hecho prisioneros. Mientras ellos así impedían el paso, los nuestros buscaron en otra parte un camino más abierto y llano. Estimando los moros que los nuestros hacían esto no tanto por causa de su custodia sino más bien por temor, persiguieron a los nuestros por la espalda. Los nuestros, dejando atrás el botín, dieron la cara a los enemigos, los combatieron enérgicamente y, con la ayuda de Cristo, los obligaron a dar la espalda. Apresaron a algunos y los mataron, volviendo alegremente al botín que habían dejado y finalmente, después de veinte días de su partida regresaron con mucha alegría hasta el rey, habiendo muerto muy pocos de ellos. El rey Ludovico los recibió también con alegría y, habiendo dejado devastada la tierra enemiga, regresó a su tierra.

[XV] Al año siguiente preparó otra expedición a Hispania pero su padre le advirtió que no debía dirigirla él mismo. Para ese entonces había ordenado fabricar naves contra las invasiones normandas, en todos los ríos que desembocaban en el mar. Le ordenó a su hijo hacer lo mismo en el Ródano, el Garona y el Silida. Sin embargo, le envió a Ingoberto para que sustituyera al hijo al frente del ejército y lo condujera contra los enemigos en nombre de ellos dos. Por la razón antedicha Ludovico permaneció en Aquitania y su ejército, en marcha regular, llegó a Barcelona. Allí celebraron un consejo para decidir el modo de irrumpir sobre los enemigos de una manera imprevista. Decidieron construir naves de transporte, cada una de ellas dividida en cuatro partes de modo que cada cuarta parte pudiese ser llevada por dos caballos o dos mulas y luego pudiesen fácilmente ser unidas con la utilización de martillos y clavos. Luego se las cubriría con bitumen, cera y estopa, sellando las uniones, al llegar al río. Tras estos preparativos la mayor parte de las tropas había partido ya hacia Tortosa al mando del mencionado Ingoberto y los encargados del trabajo descrito, a saber, Aldemar, Bera y el resto, en tres días de marcha —iban sin tiendas de campaña— teniendo el cielo por techo, evitando ser descubiertos por fuego o humo, se ocultaban de día en los bosques y marchaban de noche. Al cuarto día entraron al Ebro en sus naves y los caballos los siguieron nadando.

Esto hubiera tenido un gran resultado si no hubiera sido sagazmente descubierto. Abaido, el líder de Tortosa, para impedir el tránsito de los nuestros había ocupado la ribera del río Ebro, en el que aquellos de los nuestros que mencionamos anteriormente eran trasladados aguas arriba. Un moro entró a las aguas del río para bañarse y advirtió que había estiércol de caballo siendo arrastrado por las aguas. Con su natural astucia nadó y llevó el estiércol a las narices. “¡Miren, compañeros! ¡A tomar precauciones! Este estiércol no es de un asno salvaje o de cualquier otro animal herbívoro; esto es una deposición equina que antes ha sido cebada y es el alimento de caballos y mulos. ¡Vigilad con mucha atención! Como estoy viendo, en las aguas altas del río nos están preparando insidias”. Inmediatamente salen dos de ellos a caballo para inspeccionar. Habiendo visto a los nuestros, confirmada así la sospecha, le dan la noticia a Abaiduno. Pero ellos, sobrecogidos de temor, abandonaron el campamento y se dieron a la fuga. Los nuestros ocuparon sus tiendas abandonadas y pasaron allí la noche. Abaiduno,

reunida una gran cantidad de los suyos se adelanta al día siguiente para combatir. Sin embargo los nuestros, apoyados en el auxilio divino, aunque muy inferiores en número, obligaron a los enemigos a huir y causaron un gran estrago a los que huían y no cesaron en esa matanza hasta que se retiró la luz del sol y las sombras cubrieron la tierra y las luces de las estrellas sucedieron a la desolación. Tras estas acciones, con la ayuda de Cristo, regresaron a los suyos con gran alegría y un gran botín. Sitiada la ciudad por largo tiempo, regresaron a su tierra.

[XVI] Al año siguiente el rey Ludovico determinó ir personalmente a Tortosa, teniendo consigo a Heriberto, Liutardo, Isembardo y un fuerte refuerzo de tropas de Francia. Una vez allí, castigó y debilitó las murallas de tal manera con arietes, catapultas, pórticos y otras máquinas de asedio, que los ciudadanos, sin esperanza y ya vencidos, entregaron las llaves de la ciudad, que el rey a su regreso se las dio a su padre quien las recibió complacido. Este hecho les produjo un gran terror a los sarracenos y moros. Temiendo que otras de sus ciudades pudieran correr la misma suerte. Se retiró el rey de esa ciudad después de cuarenta días de asedio y regresó a su reino.

[XVII] Al año siguiente preparó un ejército y decidió enviarlo a Huesca al mando de Heriberto que había sido mandado por su padre. Habiendo llegado, sitiaron la ciudad. A los que encontraron fuera o los apresaron vivos o los obligaron a huir. Pero los que estaban sitiando la ciudad lo hacían con más despreocupación de lo que hubiera convenido. Algunos de los jóvenes, imprudentes y frívolos se acercaron a los muros y, primeramente con palabras, agredieron a los que ocupaban las almenas y luego lo hicieron con armas arrojadas. Los sitiados abren las puertas y salen, despreciando el escaso número de los atacantes y calculando una tardía llegada de los refuerzos. Se luchó y hubo muertos por ambas partes. Finalmente los de la ciudad volvieron a entrar y los otros regresaron al campamento. Habiéndose prolongado el asedio y habiendo sido hecha una gran devastación y todo lo que además pareció oportuno para satisfacer la ira contra los enemigos, regresaron a donde estaba el rey. En ese tiempo este estaba ocupado efectuando cacerías en las selvas. Esto ocurría a fines del otoño. Una vez recibidos los que regresaban de la expedición, el rey pasó el invierno siguiente en paz entre los suyos.

[XVIII] En el verano siguiente, reunida una convención general del pueblo, informó el rey sobre el rumor que le había llegado de que cierta parte de los vascos,

que ya se había sometido, ahora había defecionado y estaba en rebeldía y, de este modo, el bien público exigía reprimir su contumacia. Todos aceptaron con alabanzas esta voluntad del rey, admitiendo que no debía dejar de tenerse en cuenta una cosa tal sino que debía ser reprimida severamente. Movilizado y organizado el ejército como convenía, se trasladó a la ciudad de Dax y ordenó que se llegasen a él los acusados de infidelidad. Como no acudieron a la citación, se acercó hasta su territorio y permitió que fuese devastado por la fuerza militar. Por último, agotado todo lo que les pertenecía, se acercaron suplicantes, habiéndolo perdido todo y, como un gran presente, recibieron el perdón.

Superado el difícil tránsito de los Pirineos, marchó a Pamplona. Permaneció allí el tiempo que le pareció conveniente, dejando ordenado todo lo que estimó de utilidad pública y privada. Cuando estaba regresando por los desfiladeros de esas montañas, los vascos intentaron utilizar su vieja costumbre de engañar, pero fueron astutamente descubiertos y así evitados con prudencia y cautela. Uno de ellos, que se había adelantado para provocar, fue apresado y retenido así como fueron apresadas las mujeres y los hijos de casi todos los demás, hasta que los nuestros terminaran su camino, de modo que su astucia fraudulenta no pudiera causar daño alguno al rey y a su ejército.

[XVIII] Después de estos hechos, el rey y su pueblo, con la ayuda de Dios, regresaron a su tierra. El sentido piadoso del rey cultivado desde su primera edad, se acrecentaba más aún en cuanto al culto divino y la exaltación de la santa iglesia, de modo que no solo el rey sino principalmente sus obras eran consideradas como sacerdotales. Pues el clero de toda la Aquitania, antes de confiar en él, estando bajo tiranos, estaba acostumbrado a ocuparse más de la equitación, ejercicios bélicos y lanzamiento de misiles que del culto divino. El trabajo del rey consiguió, más rápidamente de lo que pudiera pensarse, desde todas partes maestros de lectura, de canto y de letras divinas y humanas.

Principalmente, sin embargo, sentía especial afecto por los que por amor al Señor lo dejaban todo y buscaban espiritualmente ser partícipes de la vida. En la Aquitania, antes de estar bajo su reinado, este ordenamiento estaba colapsado; pero, siendo Ludovico rey, se fortaleció de manera extraordinaria, tratando de imitar el memorable ejemplo de su tío Carlomán y alcanzar las cumbres de la vida intelectual. Pero a este deseo se opuso la voluntad de su padre y, sobre todo, la voluntad divina,

que no quisieron que un varón tan piadoso se ocupase solo de sí mismo sino que la vida de muchos estuviese bajo su atención. Muchas son las cosas que bajo su gobierno fueron allí reparadas, más aún, construidas desde sus cimientos. Monasterios, principalmente el monasterio de san Filiberto, el de san Florencio, el de Charroux, el de Conques, el de san Majencio, el de Menat, el de Manglieu, el monasterio de Mopissac, el de san Savino, el de Massey, el de Nouaille, el de san Teofrido, el monasterio de san Pascasio, el monasterio de Donzère, el de Solignac, el de monjas de Santa María, el de santa Radegunda, el de Devera, el monasterio de Deutera en territorio de Toulouse, el de Vadala, el de Aniane en Septimania, el monasterio Gellone, el monasterio de san Lorenzo, el de Santa María en Rubina, el de Caunes y muchos otros con los que, como si fueran luminarias está decorado el reino de Aquitania. Siguiendo su ejemplo, no solo muchos de los obispos, sino también muy numerosos laicos restauraron los que estaban colapsados y trataban de levantar nuevos, que están hoy a la vista. El bienestar público de Aquitania había alcanzado tal grado de felicidad que el rey o quien estuviere en el palacio, apenas encontraría a alguien que presentase una queja por algún delito. Tres días por semana el rey atendía los asuntos judiciales. Cierta vez su padre le envió a su canciller Arcambaldo para transmitirle algunas órdenes a su hijo y cuando este le refirió la ordenada marcha del reino, se dice que experimentó tanta alegría que derramó lágrimas de gozo y les dijo a los circunstantes: “¡Oh, amigos, alegrémonos de vernos vencidos por la sagacidad senil de este joven!”. Porque fue un siervo fiel en el talento recibido y prudente para acrecentarlo tendrá todo poder en la casa de tu padre.

[XX] En ese mismo tiempo, muerto ya Pipino, rey en Italia, y habiendo últimamente también abandonado este mundo su hermano Carlos, surgía en Ludovico la esperanza de poseer todo el reino. Enviado el prelado Guerrico al emperador por ciertas consultas, mientras aguardaba en el palacio la respuesta a sus presentaciones, fue advertido tanto por los francos como por los germanos que el rey se acercara hasta su padre para asistirlo. Le dijeron que estando el padre ya en edad senil y sufriendo amargamente la pérdida de los hijos, podría ofrecerle este alivio corporal. Guerrico le comunicó esto al rey y este a sus consejeros y a todos les pareció esta una sugerencia oportuna. Pero el rey, pensándolo mejor, para evitar que el padre sospechase algo, dilató su viaje. Sin embargo, Dios, por cuyo temor y

amor el rey había tomado esa decisión —que suele ennoblecer a sus amantes de manera más sublime que la que ellos piensan— dispuso las cosas más prudentemente. Solicitando la paz a aquellos a quienes el rey solía mover la guerra, les concedió voluntariamente una tregua de dos años.

Entretanto el emperador Carlos, considerando su situación senil y temiendo verse apartado de los asuntos humanos dejando sumido en la confusión al reino que, con el favor de Dios, estaba noblemente ordenado, o sea, que se viese sacudido por conmociones externas o divisiones interiores, convocó a su hijo para que acudiera desde Aquitania. A su llegada lo recibió amablemente y lo mantuvo consigo todo el verano, instruyéndolo en todo lo que creyó necesario acerca del modo de vida, de gobernar, de organizar el reino y mantenerlo ordenado y finalmente lo coronó con la diadema imperial. Dando a conocer que en sus manos estaría en el futuro, con el favor de Cristo, la suma del poder. Cumplidos estos trámites le permitió volver a su tierra. En el mes de noviembre, dejando a su padre, Ludovico volvió a Aquitania.

El padre, ya cercano a su muerte, se veía atacado por frecuentes y fuertes trastornos. La muerte, como por medio de mensajeros, anunciaba su llegada con estos indicios. Finalmente, luchando entre sí la enfermedad y los sufrimientos, la debilidad cedió ante la naturaleza. Quedó recostado en el lecho, aproximándose la muerte día a día y hora tras hora. Distribuidos sus bienes por escrito, según su voluntad, pasó su último día y dejó para el reino de los francos un inconsolable luto. En su sucesor demostró ser verdadera, para consuelo de los atribulados ánimos, la escritura que dice: *“Murió el varón justo, y es como si no hubiera muerto, pues dejó tras de sí un hombre igual que él”*. El muy piadoso emperador Carlos murió el día quinto antes de la calenda de febrero en el año DCCCXIII de la Encarnación de nuestro Señor Jesucristo. En ese mismo tiempo el emperador Ludovico, como si hubiera sido un presagio, había reunido una convención general del pueblo en el día de la Purificación de María, madre de Dios, en un lugar llamado Doué.

[XXI] Muerto el padre, de piadosa recordación, fue enviado ante él Rambo, de parte de los que se habían encargado de la sepultura, es decir, sus hijos y los nobles del palacio, para que tuviese pronta noticia de la muerte del padre y no demorase su llegada. Habiendo el mensajero llegado a Orleans, Teodulfo, obispo de dicha ciudad, hombre doctísimo, se informó de la causa de su llegada y rápidamente le hizo llegar la noticia por un mensajero, preguntándole al emperador si debía esperarlo en la

ciudad o ir a su encuentro en algún otro camino. Enterado de la noticia, le ordenó que acudiera hacia él. Habiendo recibido así estas tristes nuevas, después del quinto día emprendió el viaje marchando lo más rápidamente posible. Se temía mucho que Wala, tenido en alta estima por el emperador Carlos, pudiera intentar algo contra el emperador. Sin embargo, este salió prontamente a su encuentro, sometiéndose humildemente a su voluntad según la costumbre de los francos. Después de su llegada hasta el emperador, ante su ejemplo, todos los nobles francos se apresuraron a llegarse en conjunto hasta él. Finalmente en el día trigésimo de marcha, después de haber salido de Aquitania llegó a Heristal y luego puso felizmente sus pies en el palacio de Aquisgrán.

Había, sin embargo, turbado algo su ánimo, aunque muy manso por naturaleza, la conducción ejercida en la casa paterna por sus hermanas, que resultaba allí la única mancha. Tratando de remediar este mal y temiendo que se repitiera el escándalo que había ocurrido en otro tiempo por causa de Odilón e Hiltud, los envió a Uala, Warnar, Lamberto e Ingoberto. Llegando a Aquisgrán ellos deberían vigilar cautelosamente para que no ocurrieran tales cosas y a los reos de traición por estupro y lujos fastuosos los mantuviesen en estricta vigilancia hasta su llegada. Algunos de ellos llegaron suplicantes al encuentro del emperador en el camino y merecieron el perdón. Dispuso al mismo tiempo que el pueblo se presentase sin temor a su llegada. Pero el conde Warmar, sin que lo supieran ni Uala ni Ingoberto y de acuerdo con su sobrino Lamberto, ordenó que Hodoino, reo de ese delito, fuese llevado hasta él como para detenerlo y sujetarlo a la justicia del rey. Este, con remordimiento de conciencia, previó duras insidias. Sabía que no podía evitar el encuentro y que era merecedor del castigo. Entonces planeó la muerte de Warmar. Acudió a él como le había sido ordenado. Lo mató y le produjo una grave lesión en una pierna a Lamberto que lo mantuvo debilitado por algún tiempo y, por último, se atravesó él mismo con su espada. Habiéndosele informado estas cosas al emperador, la muerte del amigo influyó hasta tal punto en su ánimo que otro de los culpables, un tal Tulio, que parecía digno de la clemencia del emperador, fue condenado a perder la vista.

[XXII] Llegó, pues, el emperador al palacio de Aquisgrán, donde fue recibido con mucho favor por sus parientes y muchos miles de francos declarándose con toda felicidad emperador. Posteriormente dio gracias a los que se habían encargado

de la sepultura del padre, y trató de aliviar el amargo pesar de los parientes con apropiadas palabras de consuelo. Rápidamente cumplió con lo que aún faltaba acerca de la muerte del padre: recibido el testamento paterno, no dejó nada de los bienes sin repartirlo debidamente. Nada había quedado sin testar. Dispuso lo que debía ser entregado a las iglesias, subdividiéndolo entre los metropolitanos, con la correspondiente escritura de los nombres; fueron XXI partes. Lo referente al ornato real lo dejó para la generación siguiente. Determinó lo que, según la costumbre de los cristianos le corresponde a los hijos y las hijas y a sus hijos e hijas, así como a los esclavos y esclavas reales, y lo que en común debía distribuirse a los pobres. De este modo el emperador Ludovico dio cumplimiento a todo lo que estaba escrito.

[XXIII] Cumplidos estos actos, el emperador, a toda la comunidad femenina del palacio —que era muy numerosa— decidió reducirla, dejando unas muy pocas mujeres que juzgó necesarias para el servicio real. A las hermanas les concedió la parte correspondiente recibida del padre; lo que todavía restaba, les fue entregado por el emperador.

Después de esto recibió delegaciones que llegaban dirigidas a su padre; las atendió convenientemente, y las despidió cargadas de presentes. Entre ellas una muy importante fue la del emperador de Constantinopla, llamado Miguel. A quien Carlos le había enviado como nuncios a Amalarico, obispo de Tréveris y a Pedro, abad de Nonantola, para confirmar la paz. De regreso volvieron acompañados por nuncios de Miguel, el protospatrio Cristóbal y el diácono Gregorio, dirigidos al emperador Carlos, para responder sobre los asuntos consignados por escrito. El emperador los despide y envía con ellos a León, sustituto del emperador, a Norberto, obispo de Reims y a Ricoino, conde de Poitiers, con solicitud de amistad y renovación de la anterior y para confirmación del pacto de paz.

En el mismo año realizó una convención general en Aquisgrán y envió desde su palacio emisarios fieles y capaces para que corrigieran años de abusos existentes contra el justo derecho y a todos les devolvieran lo que equitativamente les correspondería. A su sobrino Bernardo, que era rey de Italia, lo convocó al palacio. Se mostró obediente y lo despidió nuevamente hacia su reino con generosos regalos. A Grimoldo, príncipe de los beneventanos, que no acudió al palacio pero envió emisarios, lo obligó a jurar un pacto por el que cada año enviaría siete mil sueldos de oro al tesoro fiscal.

[XXIII] En ese mismo año envió a su hijo Lotario a Baviera y a su hijo Pipino a Aquitania. A su tercer hijo, Ludovico, todavía niño, lo mantuvo consigo. En ese mismo tiempo Herioldo, que parecía tener el mando supremo de los daneses y que anteriormente había sido expulsado del reino por los hijos de Godofredo, acudió por ayuda a Ludovico y según la costumbre de los francos se sometió a su potestad. El rey lo recibió y le indicó que fuera a Sajonia y allí le mostraría qué auxilio podría prestarle para recuperar el principado. En ese tiempo el emperador les restituyó su clemencia a los sajones y frisonos que bajo su padre, por perfidia habían perdido el derecho de la herencia paterna. Esto algunos lo asignaban a liberalidad y otros a imprevisión, porque estos pueblos, de ferocidad natural, deben estar sujetos con fuertes riendas para evitar que caigan en su procaz crueldad. El emperador pensaba que más fuertemente los sujetaría, otorgándoles mayores beneficios y no se vio decepcionado en su esperanza, ya que, después de esto, a esos pueblos siempre los tuvo fielmente sujetos.

[XXV] En el curso de ese mismo año le llegó la noticia de que algunos romanos poderosos habían perversamente conjurado contra el papa León. Descubiertos y convictos habían sido condenados por el mismo papa a la pena capital, de acuerdo con la ley romana. El emperador, oyendo esto, se afligió por tanta severidad de parte del sumo sacerdote del orbe. Le encargó, por lo tanto, a Bernardo, rey de Italia, para que se informase sobre qué había de cierto o falso en esos rumores y se lo hiciese saber por medio de Geroldo. El rey Bernardo fue personalmente a Roma y le comunicó al emperador, por medio de dicho enviado, lo que había averiguado. Luego otros enviados del mismo papa León, a saber, Juan, obispo de Silva-Cándida, el nomenclador Teodoro y el duque Sergio, purgaron al papa de los crímenes que se le imputaban.

Había dado orden el emperador de que se sometieran a Herioldo los condes sajones y Abodrito, antes sujetos al emperador Carlos, siendo así restituido a su reino propio, enviado a este respecto el legado Baldrico. Habiendo estos cruzado el río Eider, entraron a la tierra de los normandos, en un lugar llamado Sinlendi. Pero los hijos de Godofredo, aunque contando con numerosas tropas y doscientas naves, no quisieron llegar a un enfrentamiento y combatir; ambos bandos se apartaron, quedando incendiado y devastado todo cuanto pudo darlo. Además, se recibieron cuarenta rehenes de ese pueblo. Después de esto, regresaron hasta el emperador en

el lugar llamado Padeborn adonde había acudido todo el pueblo para una covención general. A ese lugar acudieron los príncipes de los eslavos orientales y todos los nobles.

En el mismo año, Abulat, rey de los sarracenos, pidió al emperador una paz de tres años; primeramente fue concedida pero luego se comprobó que esa paz era inútil y se llevó a cabo la guerra contra los sarracenos. En ese tiempo el obispo Norberto y el conde Ricoino regresaron de Constantinopla habiendo logrado un pacto y una alianza muy conveniente entre el emperador de Constantinopla y los francos. Por ese mismo tiempo, agravándose la enfermedad del papa León, los romanos intentaron recuperar para sí, sin intervención de ningún juez, todos los predios que ellos denominan domocultas y que habían sido nuevamente instituidas por el pontífice y ellos consideraban como robadas. A eso se opuso el rey Bernardo por intermedio de Uinigiso, duque de Spoleto y le envió al emperador un nuncio con un informe verídico sobre esos hechos.

[XXVI] El emperador soportó las inclemencias invernales en saludable serenidad con un pasar tranquilo. Al llegar los agradables encantos del verano le llegaron legados de los llamados francos orientales y de los condes de los sajones, anunciando que los eslavos serbios habían defecionado del imperio. Este intento, con la ayuda de Cristo, fue pronta y fácilmente reprimido. También los vascos, que habitan los lugares próximos a los Pirineos, también por ese mismo tiempo, de acuerdo con su inquieta costumbre, se apartaron totalmente de nosotros. La causa de la rebelión fue que el emperador había removido de su cargo a su conde Siguino, para castigar sus malas costumbres, que eran realmente insoportables. Sin embargo, fueron dominados por dos expediciones, que hicieron que se lamentaran tardíamente de lo hecho y desaran vivamente someterse de nuevo.

En medio de estos hechos el emperador recibió la noticia del fallecimiento del papa León, ocurrido el día octavo antes de la calenda de junio en el año XXI de su episcopado. En su lugar fue elegido el diácono Esteban, el cual, después de su consagración no demoró en visitar al emperador. Apenas después de dos meses, se apresuró a realizar esta visita. Envío antes una legación para informar al emperador de su ordenación. El emperador, apenas conocido su advenimiento, le ordenó a su sobrino Bernardo ir a acompañarlo y cuando ya se acercaba envió otros nuncios para que lo acompañaran con los honores debidos; él personalmente decidió

esperar su llegada en Reims. Además les ordenó ir a su encuentro, con sus correspondientes ornamentos sacerdotales, a Hildeboldo, archicapellán del sagrado palacio, a Teodulfo, obispo de Orleans, a Juan, obispo de Arlés, y a un gran número de otros ministros de la Iglesia. Por último marchó el emperador desde una milla del monasterio del santo confesor Remigio y recibió solemnemente al vicario del bienaventurado Pedro. Lo ayudó a descender del caballo y con su propia mano lo introdujo en el templo, mientras varios coros eclesiásticos cantaban el *Te Deum laudamus*. Terminado el himno, el clero romano aclamó al emperador con las correspondientes alabanzas que el papa completó con una oración final.

A continuación pasaron al interior, donde el papa expuso las razones de su viaje y se realizó la participación del pan y del vino. Luego el emperador regresó a la ciudad y el papa permaneció allí. Al día siguiente el emperador lo invitó a un banquete opulentísimo y lo honró con numerosos presentes. En el tercer día el papa invitó al emperador y le obsequió muchos y variados presentes. Al día siguiente, domingo, fue coronado con la diadema imperial, recibiendo la bendición en medio de la celebración de la misa. Finalmente el papa, habiendo obtenido todo lo que había solicitado, regresó a Roma. El emperador se dirigió a Compiègne y allí recibió y escuchó a Abderramán, hijo de Abulaz. Habiendo pasado allí veinte días o algo más, marchó para pasar el invierno en Aquisgrán.

[XXVII] Había ordenado el emperador que los enviados del rey de los sarracenos se adelantaran a su llegada. Estos llegaron y estuvieron allí por tres meses; como estaban cansados de la espera, con permiso del emperador, emprendieron el regreso. Estando en ese mismo palacio recibió a un enviado del emperador León de Constantinopla, llamado Nicéforo. La legación, aparte de unir los lazos de amistad y sociedad, era para tratar los límites con los dálmatas, los romanos y los eslavos. Dado que estos no estaban presentes, ni tampoco Cadalo, prefecto de los límites, y sin ellos nada podía decidirse, se envió a Albogario junto con Cadalo, el encargado de los límites, a Dalmacia para componer este asunto en paz. En ese mismo año, los hijos de Godofredo, que había sido rey de los normandos, siendo presionados por Herioldo, enviaron legados para pedir la paz al emperador. Esta legación fue desestimada por el emperador juzgándola inútil y simulada y envió ayuda a Herioldo contra ellos. En ese año en las nonas de febrero la luna se apagó a las dos de la noche. Un cometa portentoso apareció en la constelación del auriga. El

papa Esteban, al tercer mes después de su regreso de Francia, vio su último día y Pascual asumió en su lugar la cátedra del pontificado romano. Una vez cumplida la solemne consagración, le envió al emperador legados con abundantes presentes y una carta justificatoria, manifestando que no por ambición ni por su voluntad, sino por elección aclamatoria del clero y del pueblo se había sometido a esa dignidad más bien que haberla buscado. El portador de la noticia fue el nomenclador Teodoro quien, cumplida su misión y formuladas las peticiones, a saber, de la confirmación del pacto de amistad establecido con sus predecesores, emprendió el regreso.

[XXVIII] En el mismo año, al fin del tiempo cuaresmal, en la última semana, un día jueves, en que se conmemora la cena del Señor, cumplidos todos los actos requeridos por la solemnidad del día, el emperador decidió retirarse desde la iglesia al palacio. Lo hacía por un pasaje hecho de madera, consumida ya por la podredumbre a causa de la humedad y el largo tiempo. La construcción se desplomó a los pies del emperador y su comitiva y el fragor llenó de terror a todo el palacio, temiendo todos que el emperador hubiese quedado bajo los elementos desplomados. Pero el emperador, que es amado por Dios, fue protegido por él en este desastre. Algo más de veinte de los componentes de su comitiva cayeron al suelo con él y sufrieron varias lesiones; pero el emperador no sufrió ninguna lesión grave. La empuñadura de la espada lo golpeó en el pecho, sufrió un raspón en una de las orejas y un golpe en la pierna en la zona inguinal. Fue rápidamente atendido con intervención de los médicos y restituido prontamente a su prístina salud. Pasados veinte días se trasladó a Nimwegen para participar en cacerías.

Posteriormente realizó en Aquisgrán una convención general y allí declaró con toda energía todo su fervor hacia el culto divino que albergaba en su pecho. Congregados los obispos y lo más noble del clero de la santa Iglesia, hizo componer un libro sobre el ordenamiento de la vida canónica en el cual se contiene todo lo atinente a la perfección de ese orden que constaba por experiencia.

Ordenó que se incluyesen allí los detalles de la comida, la bebida y de todas las necesidades, para que tanto los varones como las mujeres que sirven a Cristo bajo ese ordenamiento militen al servicio del Señor de todas las cosas, libres de todas las necesidades. Envío este libro a todas las ciudades y monasterios bajo el ordenamiento canónico dentro del imperio por medio de nuncios prudentes, que ordenasen en cada lugar transcripciones adecuadas, exigiendo el cumplimiento de

los servicios establecidos. Esto contribuyó de manera muy importante al bien de la Iglesia y produjo enorme alegría, quedando un recuerdo inmortal en alabanza del muy piadoso emperador. El mismo emperado, siempre amado por Dios, nombró abad a Benito y junto con él, yendo y viniendo incansablemente por los monasterios, tanto de varones como de mujeres, estableció una forma de vida uniforme para todos de acuerdo con la inmutable regla de san Benito.

Considerando también el muy piadoso emperador que los ministros de Cristo no debían estar sujetos a servidumbre humana y que no debía la avaricia de algunos abusar del ministerio eclesiástico para provecho propio, determinó que cualquiera de condición servil que reuniese las condiciones de ciencia y probidad de costumbres para el ministerio del altar, debe ser primeramente manumitido por los propios amos, privados o eclesiásticos, para subir luego las gradas del altar. Quiso además que cada iglesia tuviese la administración de sus propios gastos para que no hubiese negligencia en los servicios del culto divino, y para eso determinó que se incluyera en dicho edicto la atribución a cada iglesia de un manso legítimamente asignado así como de un esclavo y una esclava.

Esta era la actividad diaria del santo emperador, estos eran sus juegos cada día, esta era su palestra de combate, esperando que así la población brillase más nítidamente en la santa doctrina y las buenas obras. e, imitando la humildad de Cristo, más resplandece. Finalmente los obispos comenzaron a dejar sus cinturones cargados de oro y piedras preciosas así como vestiduras y calzados lujosos. Empezó a ser mal visto si alguien que aspiraba a pertenecer a la familia eclesiástica buscara ornamentos de gloria mundana.

[XXVIII] Pero el enemigo del género humano no toleró esta santa y digna devoción a Dios del emperador, y promovió incesantes ataques contra todos los órdenes de la Iglesia. Comenzó con todas sus fuerzas disponibles tratando de debilitar la fortaleza del fortísimo guerrero de Cristo. Había terminado de ordenar estas cosas en la mencionada convención, nombrando co-emperador a su hijo primogénito Lotario y asignándole a su hijo Pipino la Aquitania y a su hijo Ludovico, Baviera, de modo que el pueblo supiera a quienes les debía prestar obediencia, cuando recibe la noticia de la defección de los abodritas que unidos con los hijos de Godofrido estaban devastando la Sajonia al otro lado del Elba. Contra ellos mandó

tropas numerosas y así, con el favor de Dios reprimió ese levantamiento. Tras estos acontecimientos el emperador marchó a Vogesenwälder para efectuar cacerías.

Cumplida la etapa de las cacerías según la costumbre franca, cuando marchaba de regreso a Aquisgrán, recibe la noticia de que su sobrino Bernardo, rey de Italia, por cuyo nombramiento él había tenido diferencias con su padre, mal aconsejado por hombres perversos, se había apartado de él, habiéndose congregado tras él todas las ciudades y la nobleza de Italia, y habían cerrado todos los pasos a Italia con obstáculos o custodios. Habiendo tenido noticia cierta de estos hechos, principalmente por intermedio del obispo Ratoldo y de Supos, habiendo reunido tropas de la Galia y de Germania, acampó con un gran ejército en Chalon. Bernardo, cuando se vio inferior en fuerzas e incapaz de sostener la rebelión, y viendo que cada día más y más se apartaban de él, comprendiendo que su estado era desesperado, depuso las armas y se echó a los pies del emperador confesando haber obrado malamente. Sus nobles siguieron este ejemplo, depusieron las armas y se sometieron al juicio del emperador. En el primer interrogatorio confesaron las maquinaciones para planear y comenzar la rebelión y declararon los fines de la misma, delatando a los cómplices. Los autores de esta conspiración habían sido Egideo, primero entre los amigos del rey, Reginerio, en otro tiempo conde del palacio real, un hijo del conde Megerio y Reginardo, encargado de la cámara real. Habían estado al tanto de este delito muchos clérigos y laicos, y algunos obispos también se habían visto envueltos en esta tormenta: Anselmo de Milán, Uvofolde de Cremona y Teodulfo de Orleans.

[XXX] Después de que los líderes de la defección fueron reconocidos y puestos bajo custodia, el emperador, según lo había decidido, fue a Aquisgrán para pasar el invierno y permaneció allí hasta pasada la celebración de las fiestas pascales. Pasada la Pascua, el rey Bernardo y sus cómplices en el mencionado delito según la justicia legal de los francos debían sufrir la pena capital, pero el emperador, excluida la pena máxima, consintió en que fuesen privados de la vista. Muchos se oponían a esto y otros deseaban que se aplicara toda la severidad de la ley. Si bien el emperador era más indulgente, el castigo, sin embargo se llevó a cabo con algunos. Bernardo y Reginerio, no pudiendo soportar la privación de la vista, se infligieron a sí mismos una amarga muerte. Los obispos convictos de este delito fueron depuestos por los otros obispos y enviados a monasterios. Ordenó el emperador que

ninguno de los demás sufriese la privación de la vida o la amputación de miembros, sino que algunos fuesen condenados al exilio y otros fuesen tonsurados.

Después de estos hechos el emperador recibió la noticia de la protervia de los bretones, que llegaron a tal extremo de insolencia que a uno de ellos, Murmano, se atrevieron a nombrarlo rey y rechazaban todo tipo de sumisión al imperio. El emperador, para reprimir esta insolencia parte hacia los confines de los bretones, habiendo reunido numerosas tropas de todas partes. Realizada una convención general en Vannes, ingresó en la provincia y la devastó en poco tiempo hasta que Murmano, que se había acercado al campamento, fue muerto por cierto cuidador de caballos reales llamado Choslo. Con su muerte fue vencida y se rindió toda la Bretaña aceptando las condiciones que quisiera imponer el emperador. Entregaron todos los rehenes que pareció conveniente y todo el territorio quedó a disposición del emperador.

[XXXI] A continuación el emperador se retiró de los confines de Bretaña y marchó a la ciudad de Angers. Allí la reina Hirmengarda estaba sufriendo una larga enfermedad. Sobrevivió por dos días después de la llegada del emperador y al tercer día falleció. Era el día quinto antes de las nonas de octubre. En ese año hubo un eclipse de sol en el día octavo antes de las idus de julio. Efectuado el sepelio de la reina, el emperador se dirigió a Aquisgrán para pasar el invierno tomando el camino directo que pasa por Rouen y Amiens. En el viaje de regreso, cuando llegaba al palacio de Heristal, se acercaron a él enviados de Sigón, líder de los beneventanos, con gran número de presentes justificando a su señor por la muerte de Grimoldi, su predecesor. También llegaron enviados de otras naciones aliadas, a saber, abodritas, doduscaneros y timotianeros, que abandonando su alianza con los búlgaros, querían asociarse con nosotros. Y también había legados de Liudevit, líder de la baja Panonia, acusando a Cadalo —falsamente como después se supo— de una crueldad insoportable. Habiendo atendido a todos estos y habiéndolos despedido después de tratar los respectivos asuntos, el emperador se trasladó al palacio, según lo dispuesto, para pasar el invierno. Estando allí le fue traído a su presencia, por parte de los jefes sajones, a Esclaomiro, rey de los abodritas. Estaba acusado de defección y no pudo defenderse de los cargos. Fue condenado al exilio y el reino fue entregado a Ceadrago, hijo de Trascón.

[XXXII] Por ese mismo tiempo un vasco llamado Lupus, hijo de Centullus, se rebeló contra Werino, conde de Auvernia y contra Berengario, de Toulouse y los combatió. Él perdió allí a su hermano Garsando con muchos otros. Buscó salvarse huyendo pero pero fue conducido ante el emperador y sometido a juicio, convicto y condenado al exilio.

En ese invierno el emperador en el mismo palacio realizó una convención pública con su pueblo y allí escuchó de regreso desde todo el reino a los enviados con informes sobre el estado de las iglesias, la restauración de las colapsadas y la confirmación de las que estaban en buen estado. Juzgó sobre todo lo que pensó que era provechoso, impulsado por su devoción, y no dejó sin tratamiento nada de lo que podía ser útil para el honor de la santa iglesia de Dios. Añadió también algunos capítulos a las leyes que parecían faltar en las causas forenses y que se conservan intactos hasta ahora. También por consejo de los suyos estaba pensando contraer un nuevo matrimonio, pues muchos temían que quisiese dejar las riendas del gobierno. Para satisfacer la voluntad de sus consejeros estuvo observando a las hijas de nobles que eran traídas de todas partes. Se unió en matrimonio con Judir, hija del nobilísimo conde Welpo.

En el verano siguiente, en el palacio de Ingelheim acudió a él su pueblo. Y recibió allí a los mensajeros de su ejército que había sido enviado para reprimir la rebelión de Liudevit; pero ese problema quedó sin resolverse. Liudevit, lleno de arrogancia, por medio de mensajeros le impuso al emperador ciertas condiciones, diciendo que si el emperador las cumplía, él se sometería a sus mandatos como anteriormente. El emperador las despreció por inútiles y no las aceptó. Liudevit permaneció en su perfidia y contrajo todas las alianzas posibles para ejecutarla. Después del regreso del ejército desde los confines de Panonia, Liudevit permaneció en su perfidia. El duque Cadalo de Friaul contrajo una fiebre y murió, y su lugar lo ocupó Baldrico. Llegando este por primera vez a la provincia y entrando en la región de Karnten, atacó a las tropas de Liudevit con unos pocos hombres junto al río Drau y puso a los demás en fuga obligándolos a abandonar el territorio. Puesto en fuga por Baldrico, Liudevit acudió a Borna, duque de Dalmacia, que se encontraba junto al río Kupa. Pero Borna, estando en la incertidumbre por la perfidia o el temor de los goduscanos, y contando solo con la ayuda de los suyos, quedó en una situación segura y luego pudo someter a sus desertores.

En el invierno siguiente Liudevit entró nuevamente a Dalmacia tratando de provocar una gran devastación, matando con la espada a los animales y poniendo fuego a lo demás. No pudiendo Borna impedir esto, intentó recurrir a la astucia. No entabló acciones bélicas directas sino que realizó irrupciones imprevistas sobre él y sobre su ejército para obligarlo a avergonzarse y arrepentirse de lo que había hecho. En efecto, muertos tres mil de los suyos, perdidos muchos caballos de su ejército y destruida gran cantidad de sus provisiones, se vio obligado a retirarse de esa región. El emperador, en su palacio de Aquisgrán recibió con alegría estas noticias.

Entre tanto, los vascos no demostrando su naturaleza habitualmente sediciosa, doblegados por Pipino, hijo del emperador, no se atrevieron en ningún caso a rebelarse; el padre lo había instruido para eso. Cumplidas estas cosas, el emperador disolvió la convención y se dedicó en la estación oportuna a la cacería en las Ardenas, y regresó para pasar el invierno en el palacio de Aquisgrán.

[XXXIII] En ese mismo palacio, acercándose el invierno el emperador ordenó que allí se reuniese el pueblo. Al mismo tiempo, Borna, que se quejaba de los ataques de Liudevit recibió del emperador importantes tropas de auxilio que pudiesen devastar su territorio. Dividido este en tres partes al llegar la primavera devastaron a hierro y fuego casi toda esa tierra. El mismo Liudevit tuvo que refugiarse en un castillo en una cierta elevación y no procedió ni a luchar ni a conversar. De regreso a sus tierras, los carmiolenses y algunos de los carantanos, que habían apoyado a Liudevit, se entregaron a nuestro duque Baldrico. En esa convención, Bera, conde de Barcelona, fue acusado de infidelidad por cierto hombre llamado Sanila, —según sus leyes propias, dado que ambos eran godos—. Se realizó un combate ecuestre y Bera fue vencido. Por ser reo de lesa majestad debía ser sometido a la pena capital, pero la clemencia del rey le preservó la vida, siendo obligado a residir en Rouen. En ese mismo tiempo le llegó la noticia al emperador de que trece naves piratas habían llegado por mar desde Normandía e intentaban devastar nuestro territorio. El emperador ordenó que fueran vigiladas y custodiadas y así, obligadas a retirarse de Flandes y de la boca del río Sena, se dirigieron a Aquitania y asaltaron una localidad llamada Bouin y, cargadas con abundante botín, se marcharon.

[XXXIII] En este año el emperador pasó el tiempo invernal en Aquisgrán. En ese mismo invierno, en febrero, se realizó allí mismo una convención y se enviaron tres divisiones del ejército para devastar el territorio de Liudevit. Rota una

imaginaria paz que parecía haberse pactado con Abulat, rey de los sarracenos, se llevó la guerra contra él. En ese mismo año, en la calenda de mayo el emperador celebró otra convención en Nimwegen y allí hizo que se expusiera en público la partición del reino que había efectuado entre sus hijos para que fuese allí confirmada por todos los nobles presentes. Recibió también allí a los enviados del papa Pascual, Pedro, obispo de Civitavecchia y el nomenclador León; los atendió y los despidió. Partió desde allí a Aquisgrán y desde allí, por las Ardenas, hasta las amplias alturas de Los Vosgos. Allí pasó lo que restaba del verano y la mitad del otoño. Muerto Borna, el emperador nombró en su lugar a un sobrino del mismo, de nombre Ladislao. Por ese mismo tiempo se recibió la noticia de la muerte del emperador León de Constantinopla, asesinado por sus domésticos y principalmente por un tal Miguel, que fue nombrado en su lugar, sostenido por los que habían conspirado con él y especialmente por los soldados pretorianos.

En el mismo año, a mediados de octubre, se celebró una convención pública en la ciudad de Diedenoifen. Allí el emperador unió a su hijo primogénito Lotario solemnemente en matrimonio con Hirmengarda, hija del conde Hugo. Asistieron como legados del papa romano, el primicerio Teodoro y Floro, que concurrieron con valiosos y variados presentes. La clemencia del emperador, que siempre brilló admirablemente en otras ocasiones, quedó en gran manera puesta de manifiesto en esta ocasión. En efecto, convocados todos aquellos que habían conjurado contra su vida y contra el reino, no solo les perdonó la vida y les permitió conservar la integridad de los miembros, sino que, dando un gran testimonio de liberalidad, les restituyó las posesiones de las que habían sido legalmente privados. Adalbardo, que había sido abad del monasterio de Corbie y por entonces residía en el monasterio de San Filiberto, fue restituido al monasterio y al magisterio. Su hermano Berario, que había sido destituido del monasterio de San Benito fue reconciliado y enviado con su hermano. Efectuadas estas cosas y otras que eran solicitadas por el bien común, envió a su hijo Lotario a pasar el invierno en Worms. Él regresó a Aquisgrán.

[XXXV] Al año siguiente el emperador decidió realizar una convención general en Attigny. Habiendo sido convocados a la reunión obispos, abades y hombres espirituales, así como nobles, el emperador trató primeramente la reconciliación con sus hermanos, a los que había hecho tonsurar contra su voluntad. Además, buscaba la reconciliación con todos aquellos a los que les hubiese

producido alguna afrenta. Después confesó públicamente haber errado y, a imitación del emperador Teodosio, aceptó someterse a una penitencia espontánea, tanto por causa de estas cosas como por las que había hecho contra su propio sobrino Bernardo. Corrigiendo lo que podía llegarse a descubrir como algo malo que hubiera cometido o él o su padre, procuraba satisfacer a Dios y satisfacerse a sí mismo, repartiendo numerosas limosnas y acudiendo a las oraciones de los siervos de Cristo, como si todo castigo que legalmente le hubiera sido aplicado a alguien hubiera sido debido a su crueldad.

En ese tiempo mandó un ejército desde Italia hasta Panonia contra Liudevit. No pudiendo este resistir dejó su tierra y buscó refugio con cierto príncipe de Dalmacia por el que fue recibido. Pero traicionó dolosamente a su receptor y se apoderó del gobierno de ese lugar. Y aunque con los nuestros ni entró en combate ni tuvo conversaciones, sin embargo, envió legados al emperador diciendo que se había equivocado y prometiendo acudir a él. Se le anunció por ese tiempo al emperador que los custodios del límite con Hispania habrían cruzado el río Segre, penetrando en el interior de Hispania y regresando con un gran botín, devastando e incendiando los lugares por los que pasaron. También los que custodiaban los límites con los bretones habían entrado en Bretaña produciendo devastaciones con armas y con fuego, debido a la presunta rebelión de un bretón llamado Womarco. Efectuadas estas acciones regresaron rápidamente.

Terminada la convención, el emperador envió a su hijo Lotario a Italia, y con él a su fiel socio el monje Uala y al ostiario Gerurico, para que con su consejo ordenara los asuntos en Italia, protegiendo los bienes públicos y privados. Habiendo determinado enviar a su hijo Pipino a Italia, antes lo unió en matrimonio con la hija del conde Teoberto. y después de esto lo envió finalmente para gobernar esa región. Dispuestas estas cosas, siguiendo la costumbre de los reyes francos, destinó el tiempo otoñal a cacerías y se dirigió a pasar el invierno al otro lado del Rin en la ciudad de Frankfurt. Allí ordenó realizar una convención de las naciones circundantes, a saber, las que estando al otro lado del Rin están bajo la jurisdicción de los francos. Con ellos se trataron todos los temas de utilidad pública, prestando el emperador atención a las necesidades de cada pueblo. Durante esa convención, llegaron legados de los ávaros portando presentes y no faltaron los legados de los normandos renovando y confirmando la paz. Habiéndolos despedido, pasó en

invierno en el mismo lugar, en un edificio preparado recientemente en forma apropiada.

[XXXVI] En la misma ciudad, a saber, en Francfurt, el emperador, una vez pasado el invierno, en el mes de mayo, celebró una convención con los francos australes, los sajones y otros pueblos circundantes y allí dos hermanos, que tenían entre sí un altercado por el reino, dirimieron sus diferencias en un certamen que tuvo un final conveniente. Eran de la estirpe de Uilzi, hijos del otrora rey Liubi. Sus nombres eran Mileagasto y Celeadrigo. Su padre Liubi había iniciado una guerra contra los abodritas y había sido muerto por estos, quedando el reino para el primogénito. Pero este se mostró muy poco diligente en la administración del reino y el pueblo inclinó su favor por el menor de los hermanos. Llegaron con esta disputa a la presencia del emperador, se requirió y se obtuvo el parecer del pueblo y el menor fue declarado el príncipe. Ambos recibieron abundantes presentes del emperador así como los sacramentos. Finalmente los despachó siendo amigos entre sí y para con él.

Entre tanto Lotario, hijo del emperador, que, como se dijo, había sido enviado a Italia por el padre y, según el consejo de los que habían sido enviados con él, había establecido un orden para los asuntos a resolver, había resuelto ya algunos y otros estaban aún pendientes. Cuando pensaba volver hasta su padre para informarle sobre cada uno de esos asuntos, por pedido del papa Pascual fue a Roma para la solemnidad de la Pascua y fue recibido por el papa con muestras claras de su ambición. En el mismo día santo, en San Pedro, recibió la diadema imperial y el nombre de agosto. Después de esto fue a Pavía, donde se demoró algún tiempo debido a ciertas necesidades, llegando luego hasta su padre en el mes de junio, informándole sobre las cosas cumplidas y preguntándole acerca de las solo comenzadas. Para completar las que no estaban terminadas fue enviado Adalardo, conde palatino, que llevó como socio a Mauringo.

Murió por ese entonces Gondulfo, obispo de Metz. Todo el clero y el pueblo de esa iglesia, como animados por un espíritu único, piden que sea nombrado obispo en su lugar Drogo, hermano del emperador, que vivía noblemente con el hábito canónico, gozando de la admiración del emperador y de sus nobles. El consentimiento del pueblo fue unánime y el nombramiento se aprobó sin oposición alguna. El emperador aceptó con sumo agrado la petición de la iglesia y les concedió

el pontífice que pedían. En la misma convención se anunció la muerte del tirano Liudevit, asesinado dolosamente. El emperador disolvió la convención y convocó a una nueva para el otoño en Compiègne.

[XXXVII] En se mismo tiempo se le informó al emperador que Teodoro, primicerio de la santa Iglesia romana y el nomenclador León habían sido privados de la vista y luego degollados en la residencia episcopal de Letrán. Los matadores eran acusados de envidia porque se decía que los muertos habían sufrido ese castigo por su fidelidad a Lotario. Esta opinión dañaba también al papa porque el hecho se decía que había ocurrido con su consentimiento. El emperador envió a la curia para investigar en profundidad este hecho a Adelungo, abad del monasterio de san Vaast y a Hunfrido, conde de Chur. Como enviados del papa Pascual actuaron Juan, obispo de Silva Cándida y Benito, archidiácono de la santa iglesia romana que opusieron excusas a la acusación ofreciendo su examen al emperador. Escuchadas estas excusaciones y devueltas con las correspondientes respuestas, ordenó que enviados especiales fuesen a Roma para investigar acerca de las dudas concernientes al hecho. Él permaneció en el mismo lugar el tiempo que le pareció bien y en la calenda de noviembre se trasladó a Compiègne.

En esa convención los legados enviados a Roma regresaron anunciando que el papa Pascual, junto con otros obispos se había justificado con juramento acerca del crimen. Sin embargo, no pudo mostrar a los ejecutores del crimen y aseguró que las víctimas merecían esa pena. Presentaban igualmente a los enviados del papa, que afirmaban lo mismo. Los nombres de los legados son: Juan obispo de Silva Cándida, Sergio, bibliotecario, Quirino, subdiácono y León, comandante de las tropas. El emperador, siempre lleno de misericordia, no pudiendo hacer ya nada para una reparación por los muertos, aunque lo deseaba, juzgó que debía ya dejarse de lado una ulterior investigación y despidió a los enviados romanos con las respuestas adecuadas.

En ese tiempo ciertos signos prodigiosos aparecidos influían sobre el ánimo del emperador, principalmente un temblor de tierra en el palacio de Aquisgrán, un cierto sonido escuchado de noche y un ayuno prolongado por doce meses de una niña que se abstuvo de todo alimento; además, frecuentes relámpagos, caída de piedras junto con el granizo, pestilencias entre los seres humanos y los animales. Por cada una de estas cosas el piadosísimo emperador ordenaba por medio de los

sacerdotes, frecuentes ayunos, constancia en la oración y entrega de limosnas para aplacar a Dios. Afirmaba que estos portentos anunciaban un gran castigo para el género humano.

En ese mismo año, en el mes de junio, nació un hijo del rey y de la reina Judit a quien en el bautismo se impuso el nombre de Carlos. En el mismo año se les ordenó a los condes Eblo y Asinario que cruzaran los montes Pirineos. Con fuertes tropas debían trasladarse hasta Pamplona y, cumplida su misión, regresar. Muchas veces se había experimentado la fraudulenta perfidia de ese lugar y sus habitantes. Se cayó nuevamente en manos de los enemigos después de ser rodeados y perder todas las tropas. Eblo fue enviado al rey de los sarracenos en Córdoba. A Asinario lo perdonaron, tal vez por la afinidad de sangre.

[XXXVIII] En ese mismo tiempo Lotario, enviado por su padre a Roma, fue recibido muy gustosa y espléndidamente por el papa Eugenio. Se le preguntó sobre lo sucedido, o sea, por qué razón los que habían sido fieles al emperador, a su hijo y a los francos, habían sufrido una muerte inicua, mientras los que sobrevivieron sufrieron el ludibrio público, y por qué había tantas quejas sobre los pontífices romanos y sus jueces y la respuesta fue que por ignorancia o desidia de algunos pontífices y por la avaricia ciega e inexplicable de muchos jueces, se habían confiscado injustamente muchos predios. Por lo tanto, restituyendo lo que se había arrebatado, Lotario le brindó una gran alegría al pueblo romano. Se estableció también, según la antigua costumbre, que el emperador enviaría a quienes ejercieran la potestad judicial para que juzgaran equitativamente ante todo el pueblo y por el tiempo que creyese conveniente el emperador. Al regresar Lotario le refirió estas cosas a su padre y este, como amante de la equidad y cultor de la piedad, experimentó una gran alegría, dado que la piedad podría así llevar un alivio a los oprimidos.

[XXXVIII] A continuación el emperador ordenó la realización de una convención de su pueblo en Aquisgrán en el mes de mayo. En esos momentos llegó una legación de búlgaros que, según órdenes recibidas, se había demorado un tiempo en Baviera. Fue conducida ante el emperador para ser escuchada por él. Principalmente después del establecimiento de la paz se trató sobre la custodia de los límites entre los francos y los búlgaros. Llegaron también no pocos nobles de los bretones prometiendo con largos discursos sujeción y obediencia. Entre ellos,

Womarco, que parecería ser el de mayor autoridad, con insana temeridad y necio atrevimiento, había provocado con su insolencia al emperador a tener que ir a reprimirlo en sus tierras. Dijo estar arrepentido de sus acciones y que deseaba someterse a la fidelidad imperial. El emperador, según su costumbre, lo recibió misericordiosamente con su consabida clemencia, permitiéndole regresar a su suelo nativo con numerosos presentes al igual que los demás ciudadanos. Sin embargo, no olvidado de su primitiva perfidia, dejó de lado todas sus promesas, sin recordar los dones recibidos, incursionaba contra sus vecinos que eran fieles al emperador afligiéndolos con frecuentes daños. Reprimido por los hombres de Lamberto, terminó su vida en su propia tierra, teminando también así los daños que causaba.

Despedidos los enviados de los búlgaros y los bretones, el emperador dedicó su tiempo a la caza en Los Vosgos hasta que en el mes de agosto regresó a Aquisgrán para la celebración de la convención general allí convocada. Por ese entonces, en el mes de octubre ordenó que se confirmase la paz pactada con los normandos. Cumplido todo lo que pareció oportuno decidir y efectuar en esa asamblea, destinó a su hijo Lotario a Nimwegen y envió a su otro hijo Ludovico a Baviera. Cumplida la temporada de cacería otoñal, para pasar el invierno regresó al palacio de Aquisgrán.

Cuando regresaron a su tierra los enviados de los búlgaros portando la carta del emperador, su rey recibió con desagrado este escrito porque no había conseguido lo que solicitaba. Con cierto disgusto volvió a enviar de regreso un nuncio demandando que se se definiera claramente un límite común o en caso contrario él protegería sus fronteras con todas sus fuerzas posibles. Pero como se esparció el rumor de que el rey que enviaba esa nota estaba desposeído de su reino, el emperador retuvo al legado hasta que, habiendo enviado a Bertrico, conde del palacio, este comprobó que ese rumor era falso. Sabida la verdad le permitió regresar al nuncio sin que se hubiera dado por concluida esa controversia.

[XL] En el mismo año, en la calenda de febrero, Pipino, hijo del emperador, se reunió con el padre para pasar el invierno en Aquisgrán. Fue instruido por el emperador para encontrarse preparado y saber cómo actuar por si ocurría alguna invasión desde Hispania. Tras esto, regresó a su lugar. En la calenda de junio el emperador fue a Ingelheim y celebró allí una convención del pueblo según lo que se había decidido. En esa asamblea, según su costumbre, definió y dispuso muchas

medidas de utilidad para la Iglesia. Recibió a legaciones de la sede romana y una del Monte de los Olivos, encabezada por el abad Domingo, y tomó las decisiones correspondientes. A los duques Ceadrago de los abodritas y Tunglo de los sorbos, que fueron acusados, pero contra ellos no se encontraron pruebas claras, los hizo volver castigados a sus tierras. También acudió Herioldo de las tierras de Normandía con su esposa y con un número no pequeño de daneses. Con muchos de los suyos recibió las aguas bautismales en San Albano en la ciudad de Mainz, siendo obsequiado por el emperador con numerosos presentes. Temiendo el muy piadoso emperador que por este hecho se le pudiese negar la residencia en su suelo nativo le asignó un condado en Frisia llamado Hriustri, adonde pudiera refugiarse con los suyos si llegaba a ser necesario.

Entre tanto, estando presentes Baldrico y Geroldo, así como los demás custodios de los confines de Panonia, Baldrico le presentó al emperador a un cierto presbítero llamado Jorge, de vida inobjetable, que prometía saber construir un órgano griego. El emperador lo recibió gustosamente y como Dios le estaba ofreciendo algo que era inusual en el reino de los francos, expresó su acción de gracias. Le encomendó ese asunto a Tanculfo, que era el engargado del tesoro sagrado, ordenando que se destinasen para ese tema fondos públicos y todo lo que fuese necesario.

En ese mismo año, a mediados de octubre, ordenó una convención general del pueblo germánico al otro lado del Rin en la ciudad de Salz. Allí se anunció la perfidia y la defección de Aizo, que huyó del palacio del emperador a la ciudad de Vich, donde fue bien recibido; sublevó a Roda; causándales no pocos daños a los que se resistieron; fortificó en gran manera los castillos de que pudo apoderarse, dejándolos con una fuerte custodia. Envió a su hermano ante Abdiramán, rey de los sarracenos, del que obtuvo un fuerte ejército contra nosotros. Estos hechos conmovieron el ánimo del emperador instigándolo a la venganza. Creyó, sin embargo, que nada debía hacerse apresuradamente y solicitó el parecer de sus consejeros acerca de lo que convenía.

Por ese mismo tiempo, Hilduino, abad del monasterio del bienaventurado Dionisio envió a algunos de sus monjes a Roma con la petición ante el papa Eugenio de que enviara los huesos del martir san Sebastián. El papa satisfizo este deseo y por medio de esos mismos legados envió los restos de ese sagrado soldado de Cristo.

Fueron religiosamente recibidos por el mencionado abad y momentáneamente colocados en la misma camilla en la que fueron transportados junto al cuerpo del bienaventurado Medardo. Estando allí colocados es incontable el número de milagros que por su intermedio obró Dios para con los mortales. No podrían creerse, si no se le prestara fe a quienes están convencidos de que nada se puede oponer a los mandatos divinos, y que *todo es posible para el que cree*.

[XLI] Entre tanto Aizo, invadió a aquellos que están en nuestras fronteras, principalmente devastando Cerdaña y Vallés y su crueldad llegó hasta el punto de recibir auxilio de los moros y los sarracenos viéndose obligados a entregarse algunos de nuestros castillos y municipios; incluso muchos de los nuestros defecionaron y se pasaron a sus filas; uno de ellos fue Wilemundo, hijo de Beras que se asoció con ellos con muchos de los suyos. Para reprimir esos movimientos y fortalecer a los nuestros, el emperador ordenó mandar un ejército. Encargó esta tarea al abad Elisacar, al conde Hildebrando y a Donato. Estos, unidos a tropas de los godos y los hispanos, combatieron con pertinacia la protervia de los rebeldes; fue destacada la acción de Berardo, conde de Barcelona, para lograr anular los intentos de aquellos. Viendo esto Aizo les solicitó a los sarracenos el ejército pretoriano y con él, con su jefe Amaran, lo condujo a Zaragoza y Barcelona. El emperador envió contra ellos a su hijo Pipino, rey de Aquitania, poniendo a su lado a los condes Hugo y Matfrido. Estos se movieron con más lentitud de lo que hubiera convenido y atacaron tardíamente a los moros, que una vez saqueadas Gerona y Barcelona, se refugiaron incólumes en Zaragoza. El desastre había sido terrible, brillando la noche con armas cubiertas de sangre humana y el resplandor de las hogueras. El emperador se encontraba en Compiègne recibiendo los donativos anuales. Informado de estos hechos, envió tropas de auxilio para proteger esa frontera y hasta la llegada del invierno se dedicó a las cacerías en Compiègne y en los alrededores de Quiercy.

En ese mismo año, en el mes de agosto falleció el papa Eugenio y lo sucedió el diácono Valentín. Este tuvo apenas un mes de vida como papa. En su lugar fue elegido el presbítero Gregorio, del título de san Marcos. Su consagración se dilató hasta que se efectuara la consulta al emperador. Con su asentimiento y la aprobación del clero y del pueblo fue ordenado en lugar del anterior. En ese mismo año, en setiembre, llegaron a Compiègne legados del emperador Miguel de Constantinopla.

Trajeron presentes y fueron noblemente recibidos y atendidos con opulencia y fueron pronto despedidos cargados liberalmente con presentes.

En el mismo año, lo envió a Roma a Einardo, varón muy prudente, lleno del ardor de una santa devoción, para trasladar a Francia, con anuencia del papa, los cuerpos de los santos Marcelino y Pedro para conservarlos en su propio territorio con la debida solemnidad. Por cuyos méritos obró el Señor allí muchos milagros.

[XLII] En el mes de febrero del invierno siguiente tuvo lugar una convención pública en Aquisgrán. Entre otras cosas, un tema preponderante era la situación en la frontera hispánica por los terribles y recientes acontecimientos. Discutida esta cuestión y profundamente investigada se encontraron haber sido culpables los jefes que había designado el emperador. Por orden del emperador fueron despojados de sus honores por culpa de su desidia. Igualmente Baldrico, duque de Friul, fue acusado y convicto de que por su desidia e incuria nuestra región había sido devastada por los búlgaros. Fue despojado del ducado y esa potestad se repartió entre cuatro condes. El ánimo misericordiosísimo del emperador siempre estuvo dispuesto a perdonar a los enemigos y transgresores. Pero los que fueron así beneficiados, como se ha demostrado, abusaron cruelmente de esa piedad y en retribución por haberseles perdonado la vida causaron enormes daños. En ese mismo tiempo Halitgario, obispo de Cambrai y Antsfrido, abad del monasterio de Nonantola regresaron desde el otro lado del mar despidiéndose del amable hospedaje de Miguel.

En el verano siguiente el emperador celebró una convención pública en Ingelheim y allí recibió a los enviados del pontífice romano, el primicerio Quirino y el nomenclador Teofilacto, que llegaron con grandes presentes y luego fueron despedidos de regreso. Se trasladó a Diedenhofen y allí llegó la noticia de que los sarracenos se aproximaban a nuestros límites. Envío a esa frontera a su hijo Lotario con numerosas tropas de francos. Habiendo llegado Lotario a Lyon en cumplimiento de la orden de su padre y dado que el anuncio provenía desde la región de Hispania, su hermano Pipino fue a reunirse con él. Estando ellos allí llegó un mensajero con la noticia de que los sarracenos y los moros habían reunido un gran ejército pero que estaba detenido y no avanzaba sobre nuestra frontera. Enterados de esto Pipino marchó a Aquitania y Lotario fue prontamente a unirse con su padre.

Entretanto, los hijos de Godofredo, anteriormente rey de los daneses, habían expulsado a Herioldo del reino. Queriendo el emperador prestar ayuda a Herioldo y habiendo establecido la paz con los hijos de Godefredo, envió a este fin algunos condes con Herioldo, ordenándoles a los sajones que trataran con ellos y lo recibieran así como ya habían estado unidos con él en sociedad. Herioldo, impaciente por toda esta demora, sin que lo supieran los nuestros puso fuego a algunas de las poblaciones de ellos, reuniendo además un gran botín. Pero creyendo ellos que eso había sucedido por nuestra voluntad, sin que los nuestros sospecharan nada, los atacaron de improviso. Cruzando el río Eider atacan el campamento y ponen a todos en fuga y después de apoderarse de todo regresan a sus lugares propios. Después de estos hechos, en conocimiento de la verdad y temiendo una debida venganza, enviaron nuncios primeramente a aquellos a quienes habían atacado y luego ante el emperador, confesando su error. Ofrecieron luego una digna reparación. El modo de esa satisfacción quedó a criterio del emperador, siempre con la condición de que la paz permaneciese firme. El emperador asintió a este deseo y esta petición.

El conde Bonifacio, designado por el emperador prefecto de la isla de Córcega, con su hermano Berardo y otros más, reunió una pequeña flota y perseguía a piratas en el mar y, no encontrándolos, desembarcó en la isla amiga de Cerdeña. Tomando de allí algunos conocedores de viajes marinos, desembarcó en África, entre Útica y Cartago. Una multitud de africanos luchó cinco veces contra él y otras tantas fue vencida perdiendo una gran cantidad de los suyos. También cayeron algunos de los nuestros por su incontenible impulso o su excesiva audacia. Bonifacio reunió a los suyos y subiendo a sus naves, regresó a su tierra, dejando a los africanos un temor que antes no habían experimentado ni conocido.

En ese año hubo dos eclipses de luna, en la calenda de julio y en la noche de la Natividad del Señor. El emperador recibió un envío de provisiones desde la tierra de los vascos, unos granos no tan grandes como el trigo ni tan redondos como las arvejas. Dijeron que habían caído del cielo. El emperador pasó el invierno en Aquisgrán.

[XLIII] Pasado el invierno, mientras se celebraban los sagrados días de la Cuaresma y estando cercana la venerada solemnidad de Pascua, ocurrió un muy fuerte e inesperado terremoto que amenazó con la ruina de todos los edificios. Hubo

seguidamente unos vientos tan violentos que no solo sacudieron con su vehemencia a edificaciones menores sino al mismo palacio de Aquisgrán e hizo volar la mayor parte de las tejas de plomo que cubrían el techo de la basílica de Santa María. En el mismo palacio de Aquisgrán, presionado por múltiples necesidades de utilidad pública, convocó el día de la calenda de julio una convención general del pueblo para el mes de agosto. Esta disposición debió postergarse algo debido al rumor de que los normandos querían violar los pactos establecidos y estaban devastando sus propias fronteras y la región al otro lado del Elba. Pero como las cosas no ocurrían de esa manera, el emperador, según lo dispuesto en cuanto a lugar y tiempo, trató todos los asuntos que creyó conveniente, recibió los donativos anuales y envió a su hijo Lotario a Italia.

En esa misma asamblea, descubriendo las maquinaciones clandestinas contra él de parte de aquellos a quienes les había perdonado la vida, que se extendían como un tumor canceroso y levantaban los ánimos de muchos, decidió preparar contra ellos una especie de parapeto. Puso al frente de su cámara a Berardo, hasta entonces conde a cargo de la región de Hispania y sus límites. Esto creó no ya un semillero de discordias, sino un aumento de las mismas. Pero como los que estaban afectados por esa pestilencia no podían aún curar su herida porque carecían de los medios suficientes para hacerlo, decidieron diferir el asunto para otro momento. El emperador, habiendo cumplido con lo que la oportunidad dictaba cruzó el Rin y fue a la ciudad de Frankfurt, y allí por el tiempo que le pareció bien hasta que llegase el invierno se dedicó a cacerías. Luego, alrededor del día de san Martín, se trasladó a Aquisgrán y allí celebró esa fiesta así como la de san Andrés y de la Natividad del Señor y las demás, con la debida solemnidad.

[XLVIII] Durante el tiempo de cuaresma, recorriendo el emperador los lugares vecinos al mar, los jefes de la facción inica, no pudiendo ya continuar ostensiblemente con sus planes, descubren una herida que había estado oculta por largo tiempo. Primeramente los nobles, conjurando, se unen entre sí en una cierta alianza. Luego se les añaden otros de una segunda categoría, una parte de los cuales, siempre ávidos de algún cambio, al estilo de los perros y aves rapaces, buscan incrementar su propio bienestar en detrimento del de los demás. Impulsados por la aprobación de muchos, se acercan a Pipino, hijo del emperador, sosteniendo que era para él una humillación estar sufriendo la arrogancia de Berardo, con desprecio de

todos, que —cuesta decirlo— era incluso violador del lecho paterno; con su prestigio engañaba de tal modo al padre que este no podía castigar y ni siquiera advertir esas acciones. Decían que un buen hijo debía indignarse ante el deshonor paterno y, quitados del medio esos tales, devolverle al padre su dignidad y que a esta persona no solo se le reprochaba su falta de virtud sino también el aumento desmedido de su reino terrestre —*bajo este nombre oculta su culpa*—. Movidó por estas incitaciones, con ellos y con muchas de sus tropas, pasó por Orleans, donde fue destituido Odo y restituido Matfrido, y llegaron hasta Worms.

Cuando el emperador descubrió esta obstinada conspiración ferozmente armada contra él, su esposa y Berardo, buscó su refugio en la fuga. Decidió que su esposa fuese alojada en el monasterio de Santa María en Laon; él se trasladó a Compiègne. Los que llegaron a Worms con Pipino enviaron a Warino y Lantberto con muchos otros y condujeron hasta allí a la reina Judit, retirada del monasterio y de aquella ciudad donde estaba. Después de haber considerado para ella diversas penas, incluida la de muerte, le exigieron que prometiera, si se le daba la oportunidad de hablar con el emperador, que lo persuadiera de que dejara las armas y, siendo tonsurado, se recluyese en un monasterio y ella misma recibiese la imposición del velo. Cuando más deseaban esto, tanto más pensaban que eso era muy fácil. De se modo, algunos de ellos la condujeron hasta el emperador. Habiendo tenido ellos oportunidad de conversar privadamente, él le dio su permiso y ella, para evitar la muerte, aceptó la imposición del velo. Acerca de su tonsura el emperador pidió un tiempo para considerarlo. Enorme era el inmerecido odio bajo el que vivía el emperador, que siempre había sido tan bondadoso con los demás, mientras para ellos resultaba pesada la vida misma de la que si no la disfrutasen por beneficio ajeno, carecerían de ella legalmente. Cuando la reina estuvo de regreso, le perdonaron otros castigos y, con la aclamación del vulgo, ordenaron que fuese deportada al exilio en el monasterio de santa Radegunda.

[XLV] En el mes de mayo Lotario, hijo del emperador, viajó desde Italia y encontró a su padre en Compiègne. A su llegada se reunió toda la facción enemiga del emperador; sin embargo, hasta ese momento, no parecía que él hubiese hecho algo indecoroso contra su padre. Le comunicó las tareas realizadas. Finalmente Heriberto, hermano de Berardo fue castigado con la pérdida de la vista en contra del deseo del emperador. Odo, su consobrino, despojado de las armas, fue enviado al

exilio. al igual que aquellos, promotores convictos, que fueron acusadores de Berardo y la reina. En ese lugar pasó el verano el emperador, que ya lo era solo de nombre.

Acercándose el otoño, los que estaban en contra del emperador querían realizar una convención general en algún lugar de Francia. El emperador secretamente se oponía, desconfiando de los francos y confiando más en los germanos. Se consiguió, sin embargo, la anuencia del emperador para realizar la reunión del pueblo en Nimwegen. Temiendo que los adversarios superasen en número a sus escasos fieles, ordenó que los que acudieran a la convención lo hicieran con una comitiva simple. Le ordenó al conde Lamberto la vigilancia de la región a él confiada y al abad Elisacar que administrara justicia con él. Finalmente se hizo la reunión en Nimwegen y allí concurrió toda Germania para dar apoyo al emperador. Y queriendo el emperador atenuar todavía más las fuerzas de los adversarios, interrogó al abad Hilduino acerca de por qué había acudido hostilmente cuando la orden era acudir con una comitiva simple. Negándose este a justificarse fue expulsado inmediatamente del palacio y obligado a pasar los días de invierno en una tienda de campaña acompañado por muy pocos en Padeborn El abad Uala fue obligado a regresar al monasterio de Corbie y vivir allí de acuerdo a las reglas.

Cuando los adversarios del emperador que se habían reunido, advirtieron estas cosas y vieron debilitadas sus fuerzas, entraron en un estado de desesperación. Se reunieron durante toda la noche y luego concurrieron ante Lotario, el hijo del emperador, deliberando sobre si entablar acciones de combate o retirarse sin la voluntad del emperador. Transcurrieron toda la noche en esta deliberación y por la mañana el emperador le ordenó al hijo que no les prestara crédito a los enemigos comunes y se acercara a su padre como un hijo. Habiendo oído esto, aunque los que estaban con él lo exhortaban a no hacer caso a ese llamado, Lotario fue al encuentro de su padre. No recibió de su padre ásperas reprimendas sino que fue corregido con una modesta lenidad. Estando ya en el interior del palacio, por instigación del diablo, el pueblo comenzó a enfurecerse contra él, llegando la furia hasta producir muertes entre la gente, de no haber prevalecido la prudencia del emperador. Cuando ya estaba el tumulto por llegar a un furor insano, el emperador se presentó ante todos acompañado por su hijo. Ante esto, cesó la conmoción y hubo calma. Se escucharon las palabras del emperador, tranquilizado

ya el tumulto popular. Después de esto el emperador ordenó que todos los que habían liderado esta impía conspiración quedasen bajo custodia privada. Luego fueron llevados a juicio y todos los juristas y los hijos del emperador en un juicio legal determinaron para ellos la pena capital, pero el emperador no permitió que ninguno de ellos fuese ejecutado. Empleando, a juicio de muchos una lenidad mayor de la debida, pero que estaba dentro de lo acostumbrado de sus prácticas de benignidad y clemencia, ordenó que los laicos fueran tonsurados y reclusos en monasterios oportunos y los clérigos fueran custodiados en monasterios convenientes.

[XLVI] Después de eso el emperador se retiró a Aquisgrán para pasar el invierno. Durante ese tiempo siempre tuvo consigo a su hijo Lotario. Entre tanto hizo volver desde Aquitania a la esposa de este y a sus hermanos Conrado y Rodolfo, ya convertidos en monjes. A ella no se le reconoció el honor de una esposa hasta que se justificara de las acusaciones. En el día de la Purificación de santa María, efectuado el juicio, se le concedió el perdón de la vida; Lotario fue enviado a Italia, Pipino a Aquitania y Ludovico a Baviera. El emperador celebró el tiempo cuaresmal y la solemnidad de Pascua en ese mismo lugar.

Transcurridas las solemnidades pascales el emperador se dirigió a Ingelheim. En ese tiempo no dejó de recordar su misericordia que, como dice Job, *desde el inicio creció en él y parece haber salido con él del vientre de su madre*. Aquellos que por justas razones habían sido deportados a diversos lugares, fueron llamados de regreso y se les devolvieron los bienes propios. Los que habían sido tonsurados tuvieron la posibilidad de decidir si deseaban continuar en el monasterio o volver a su estado anterior. Luego el emperador marchó por Los Vosgos hasta Remiremont y allí se dedicó por todo el tiempo que le pareció oportuno a la pesca y a la caza. A su hijo Lotario lo envió a Italia.

Ordenó que en el otoño todo su pueblo se reuniese en Diedenhofen. Hasta allí llegaron tres legados desde el otro lado del mar, de los cuales dos eran sarracenos y uno cristiano con grandes obsequios de su tierra, a saber, diversas clases de perfumes y paños. Pidieron la paz y esta fue aceptada. Luego partieron. Acudió también Bernardo, que, como se dijo, buscaba su salvación huyendo a Hispania. Se presentó ante el emperador buscando justificarse de acuerdo con la costumbre de los francos, es decir, confesando el delito y tratando así de justificarse por las armas.

Pero estando ausente el acusador, la justificación se realizó por medio de juramentos.

Había ordenado el emperador que a esta convención asistiera su hijo Pipino, pero este evitó estar y llegó con posterioridad. Queriendo el emperador castigar esta gran desobediencia de la manera que se castiga a los insolentes, lo mantuvo consigo en Aquisgrán hasta la Natividad del Señor. Pipino, molesto, se dio a la fuga, sin saberlo su padre y se marchó a Aquitania. El emperador permaneció todo el invierno en Aquisgrán.

[XLVII] Pasado el rigor del invierno y comenzada ya la primavera, tuvo noticia el emperador de que se habían producido ciertas conmociones en Baviera. Para reprimirlas partió rápidamente hasta Ausburgo. Calmó la insurrección y regresó prontamente, ordenando la realización de una convención pública en Orleans. Ordenó que allí estuviera Pipino quien, aunque de mala gana, concurrió. Consideraba el emperador que los consejos de algunos hombres perversos impulsaban el ánimo de su hijo a las peores acciones mediante amenazas y promesas. Temía principalmente a Bernardo, que según se decía, aconsejaba por entonces a Pipino, y residía también en Aquitania. En vista de eso, cruzó el Loira con su comitiva y llegó al palacio de Jouac en el territorio de Limoges. Allí resolvió ambas causas. Bernardo fue acusado de infidelidad pero no quiso presentarse a la convención. Sin embargo, fue privado de sus títulos de honor. Pipino, para la corrección de sus malas costumbres, se ordenó que fuese conducido a Tréveris bajo custodia privada. Mientras era conducido con una custodia no muy severa, logró huir una noche y se dirigió a Aquitania donde se mueve por donde desea.

El emperador había hecho una división del reino entre sus hijos Lotario y Carlos, que, sin embargo, por causa de ciertos problemas que deben referirse, no resultó según lo deseado. En el momento oportuno le pareció bien retirarse de Aquitania y poco tiempo después, a saber, para la fiesta de san Martín, convocó al pueblo y a su hijo Pipino acudir a su presencia. Pero mientras este se encontraba en camino, se desató una muy áspera inclemencia invernal, primeramente con una abundancia inusitada de lluvias y luego con una muy inclemente capa de hielo sobre la tierra que hacía casi imposible el uso de los caballos. Impedida así la labor del ejército y ante una imprevista incursión de los aquitanos, el emperador decidió retirarse a la ciudad de Rest y luego, cruzado el Loira, ir a pasar el invierno en

Francia. Eso se hizo aunque menos decorosamente de lo que hubiera sido conveniente.

[XLVIII] El diablo siempre contrario al género humano y a la paz, no cesaba de causar daño al emperador. Por medio de sus satélites intentaba siempre persuadir a sus hijos de que el padre intentaba perjudicarlos, pues cuanto más benigno era para con los de afuera tanto más cruel era para con los suyos. Dado que, *las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres* y una gota cayendo continuamente puede horadar una dura piedra, se llegó finalmente a que los hijos del emperador se unieron entre sí reuniendo la mayor cantidad de tropas que pudieron, proclamando, a manera de pretexto, que solo el papa Gregorio podía reconciliar a los hijos con el padre. Luego la verdad quedó en claro.

Por el contrario, el emperador, en el mes de mayo, llegó a Worms con un fuerte ejército y allí deliberó por largo tiempo sobre lo que debía hacerse. Por medio de sus nuncios, a saber, el obispo Bernardo y otros, exhortaba a sus hijos a que regresaran a él y se dirigía al papa preguntándole, que si quería seguir la costumbre de sus predecesores, por qué demoraba tanto en acudir a socorrerlo. Corrió el rumor, que resultó ser cierto, con respecto al papa romano, de que se haría presente para excomulgar tanto al emperador como a los obispos, si desobedecían su voluntad y la de los hijos del emperador. Poca duda les quedó a los obispos acerca de la audacia y presunción del emperador, asegurando que de ningún modo querían ellos subordinarse a su autoridad, sino que si el papa venía a excomulgarlo, el emperador quedaría excomulgado, según la autoridad de los antiguos cánones.

Finalmente se realizó la reunión en el día de san Juan, precursor de Cristo, en un sitio que, por haber tenido lugar estas cosas, para ignominia perpetua, recibió el nombre de Klugendfeld (campo de mentiras). Porque los que habían prometido fidelidad al emperador mintieron. En el nombre del lugar donde esto aconteció quedó el testimonio. Estando ambos ejércitos no lejos el uno del otro y pareciendo que ya se iba a ir al choque de las armas, se le anunció al emperador la llegada del papa romano. El emperador lo recibió en su campamento, con menor decoro del que correspondía, disculpándose por esta recepción debido a lo inesperado de su llegada. Llevado el papa al interior de la tienda, afirmó de diversas maneras que el único propósito de su venida era por los rumores de que existía una inexorable discordia por parte de él contra sus hijos y, por lo tanto, deseaba establecer la paz

entre ambas partes. Habiendo escuchado la parte del emperador, permaneció con él algunos días. Fue enviado por el emperador a sus hijos para que intentase forjar la paz con ellos. Pero casi todo el pueblo, en parte atraído por regalos, en parte ilusionado con promesas y en parte movido por temor, a manera de un torrente se volcaba hacia ellos. De este modo el papa no pudo llegarse hasta ellos. De día en día fue creciendo la defección en las tropas del emperador, de tal modo que para la fiesta de san Pablo, manifestándose a favor de los hijos, amenazaron lanzarse contra el emperador. Careciendo el emperador de fuerzas para oponerse les mandó decir a los hijos que no le permitieran quedar expuesto a la violencia popular. Le indican que deje el campamento y venga hacia ellos y ellos marcharían a su encuentro. Efectuado el encuentro, el emperador amonestó a los hijos que desmontaban de sus caballos recordándoles lo que le habían prometido a él a su hijo y a su esposa. Respondiendo ellos en forma conveniente los besó y los siguió al campamento. Habiendo llegado, la esposa desmonta y es conducida a la tienda de Ludovico. Él y su hijo Carlos, todavía niño, es llevado a la tienda de Lotario y con unos pocos los ubica en un pabellón preparado al efecto.

Después de esto, ya obligado el pueblo con juramentos, los hijos procedieron a repartirse el Imperio en tres partes. La esposa del padre, en poder de Ludovico, fue enviada al exilio en la ciudad de Tortona en Italia. El papa Gregorio, viendo estas cosas, con gran tristeza regresa a Roma. Pipino regresa a Aquitania y Ludovico a Baviera. Lotario llevó al padre consigo, manteniéndolo apartado con sus custodios. Va a la ciudad de Marlenheim y allí se establece, ordenando todo lo que le parece bien y atendiendo al pueblo. Convoca a una convención en Compiègne pasa por Maursmünster en Los Vosgos y llega finalmente a Metz. Partiendo de allí, pasa por Verdun y llega a Soissons. En esta ciudad pone a su padre en el monasterio de san Medardo bajo estricta custodia y a Carlos lo encomienda al monasterio de Prün, pero sin tonsurarlo. Él se dedica a cacerías hasta el tiempo otoñal y en la calenda de octubre, como tenía determinado llega, con su padre, a Compiègne.

[XLVIII] Estando allí, llegó hasta el emperador como legado del emperador de Constantinopla, Marcos, arzobispo de Éfeso y protospatrio del emperador. Ofreció y recibió presentes. Aunque estaba dirigida a su padre, Lotario lo atendió como si hubiese estado dirigida a él, y la despachó con el reporte de una tragedia inaudita. En esa convención muchos hablaron de un devoto respeto por su padre y

muchos otros de la defección del hijo, algunos expresando sus objeciones con simples palabras y otros, con juramentos. Todos, excepto los autores, experimentaban gran conmiseración por ese estado de cosas. Por lo cual, temiendo los conspiradores algún crimen inaudito, revirtiéndose la situación, utilizaron con algunos obispos un argumento que creyeron astuto: que aquel que había ejercido la plenitud del poder imperial diera una irrevocable satisfacción a la Iglesia con penitencia pública y depusiera sus armas, dado que según las leyes del foro no se puede juzgar dos veces por una misma culpa, como dice nuestra ley: *No juzgar a Dios dos veces por lo mismo*. Pocos son los que se opusieron a este parecer, algunos más lo aprobaron y la gran mayoría, como suele suceder en estas ocasiones, consintió solo de palabra para no disgustar a los nobles. Juzgado en ausencia, sin escuchar su confesión ni haberlo declarado convicto, ante los cuerpos del santo confesor Medardo y del santo mártir Sebastián, lo obligan a deponer las armas y colocarlas ante el altar. Vestido con una túnica penitencial fue colocado en un recinto bajo custodia.

Efectuadas estas acciones, en el día de san Martín, se despide a la gente, que regresa a sus lugares, triste por todo lo acontecido. Lotario se traslada a Aquisgrán a pasar el invierno, llevando a su padre consigo. En todo el tiempo invernal, el pueblo, congregándose, expresaba sus quejas por el infortunio del emperador tanto en Francia como en Borgoña, Aquitania y Germania. Por otra parte, el conde Edgardo y Guillermo, conde de la caballeriza real, voluntariamente unidos, reunían a cuantos pudieron en Francia. Desde Germania el abad Hugo fue enviado a Aquitania por Ludovico y por aquellos que allí se habían refugiado, a saber, el obispo Drogo y otros, instigándolo a Pipino en este asunto; Bernardo y Warino en Borgoña trataban de convencer al pueblo con promesas y obligarlo con juramentos para constituir una alianza.

[L] Transcurrido el invierno y mostrando ya la primavera su cara rosada, Lotario, llevando al padre y pasando por Haspengau se dirigió a París habiendo ordenado que se reuniesen allí todos los que le eran fieles. El conde Egebaro y otros nobles de esa región reunieron a otros y marcharon para liberar al emperador. Esto se hubiera llevado a efecto si el muy piadoso emperador, temiendo por la suerte de muchos y la suya propia no los hubiese detenido para que no llevasen esto a cabo. Finalmente se llegó al monasterio del mártir san Dionisio.

[LI] Pipino salió de Aquitania con una gran fuerza, llegando hasta el Sena, y encontrando que los puentes destruidos y las naves hundidas le impedían el paso, allí se detuvo. Los condes Werino y Bernardo, con muchos de sus aliados de Borgoña llegaron hasta el río Marne y allí, un poco retardados por la inclemencia de la atmósfera y otro poco para esperar a algunos aliados retrasados, se detuvieron algunos días en Bonneuil y sus alrededores. Se aproximaba el tiempo de Cuaresma. El jueves de la primera semana de la misma mandaron al abad Adrebaldo y al conde Gautselmo como legados ante Lotario, hijo del emperador, pidiéndoles que a ellos les entregara al emperador, sin ninguna custodia. Si cumplía con este pedido, ellos defenderían su causa ante el padre quedando a salvo su seguridad y su honor. De otro modo ellos lo atacarían con las armas, confiando en la justicia de Dios. A esta intimación respondió Lotario que nada le importaba más que lamentar los males de su padre o alegrarse con su felicidad y que no se le debía imputar a él el señorío que se le había entregado, ya que ellos habían destituido y traicionado al emperador; dijo además que no se lo podía acusar a él de tener al padre en prisión, dado que esa había sido una decisión episcopal. Con estas respuestas regresaron los legados ante quienes los habían enviado; se pidió que acudieran el conde Warino y los abades Odón, Fulco y Hugo para deliberar con ellos cómo podría cumplirse el pedido. Lotario, el hijo del emperador, ordenó que sus enviados marcharan al día siguiente, para que así, conociendo el momento de su llegada, se encontraran en el día apropiado, para tratar el asunto de referencia. Sin embargo, cambió de parecer. Dejando al padre en el monasterio de san Dionisio, él partió hacia Borgoña y llegó hasta Viena, donde estableció su campamento. Los que permanecieron con el emperador lo exhortaban a reasumir las insignias imperiales. Pero el emperador que, según se dijo, hacía un tiempo que había sido separado de la comunión de la Iglesia, no quiso apresurarse a aceptar ese veredicto. Al día siguiente, domingo, en la iglesia de santo Domingo quiso reconciliarse a través del ministerio episcopal y consintió en recibir las armas de manos de los obispos. Ante esto tanto creció la alegría en medio del pueblo que hasta los mismos elementos parecieron compartir el gozo por la liberación de las injurias que había padecido el emperador y congratularse por su alivio: En efecto, hasta ese momento la fuerza de las tormentas había sido muy fuerte al igual que la vehemencia de las lluvias, de modo que la cantidad de agua caída había sido extraordinaria y la fuerza de los vientos había

impedido la navegación en los ríos. Pero después de la absolución del emperador los elementos parecieron ponerse de acuerdo; se calmaron los viento y el rostro del cielo volvió a prsentar una serenidad que hacía tiempo no se había visto.

[LII] El emperador inició la marcha pero no persiguió al hijo que se retiraba aunque, eso sí, le hizo numerosas exhortaciones. Fue primero a Nanteuil y posteriormente a la ciudad real de Quierzy. Allí se estableció esperando a su hijo Pipino y a los que residían al otro lado del Marne y aquellos que tras el Rin habían buscado refugio junto a su hijo Ludovico e, incluso, esperaba a su hijo Ludovico que venía hacia él. Era el tiempo en medio de la Cuaresma, con la alegría del oficio de la Iglesia que cantaba *Alégrate, Jerusalén y celebrad el día festivo todos los que la amáis*. Gran cantidad de fieles concurrió, uniéndose a la alegría común. El emperador los recibió benignamente y dando gracias por la integridad de la fe, despidió con gozo a su hijo Pipino que se marchaba a Aquitania y a los demás que volvían dichosos a sus lugares respectivos. El emperador se trasladó a Aquisgrán. Allí recibió a la reina Judit que llegaba desde Italia acompañada por los obispos Rataldo y Bonifacio, así como a Pipino —a su hijo Carlos ya lo tenía hacía un tiempo consigo— y allí celebró la Pascua con la acostumbrada devoción. Después de esta celebración se ejercitó en cacerías en las Ardenas y después de la santa festividad de Pentecostés, se dedicó a la caza y la pesca en Remiremont.

Apartado del emperador, su hijo Lotario se había establecido en los lugares ya mencionados. En Neustria habían permanecido Lamberto, Matfrido y muchos otros que procuraban dominar esas tierras con sus propias fuerzas, Con esto no estaban de acuerdo el conde Odón y otros muchos que estaban a favor del emperador. Estos trataban con las armas de expulsar a los otros de esos lugares o al menos contenerlos por la fuerza. Estas luchas se prolongaban más de lo conveniente y no siendo llevadas a cabo en forma adecuada, produjeron grandes calamidades. Los enemigos cayeron inesperadamente sobre ellos, que habían tenido menos cautela de la debida, y ellos tuvieron que darles la espalda. Murieron el mismo Otón y su hermano Guillermo y muchos otros. El resto debió darse a la fuga. Después de estos hechos, los que habían resultado victoriosos no consideraban seguro permanecer allí ni podían unirse a Lotario. Temiendo que el emperador cayese sobre ellos o los interceptase si trataban de unirse con Lotario, llenos de miedo, le

piden ayuda a Lotario. Este, informado de los riesgos que estos corrían decide prestarles socorro.

En esas circunstancias, el conde Warino con muchos aliados, fortificó la ciudad de Chalon de modo que si eran atacados por los adversarios fuesen encontrados bien guarnecidos. Descubierta esto por Lotario, decide caer sobre ellos de improviso, pero no pudo hacerlo. Llegó y rodeó la fortificación e incendió los alrededores. Se luchó acremente durante cinco días y en un primer momento se aceptó la rendición de la ciudad; luego con gran crueldad los vencedores devastaron las iglesias, saquearon los tesoros y destruyeron los bienes comunes; por último, toda la ciudad fue arrasada por un voraz incendio, del que se vio a salvo solo una pequeña basílica que, milagrosamente, rodeada por las llamas, sin embargo, no se quemó. Fue consagrada a Dios en honor del bienaventurado mártir Jorge. No había sido, sin embargo, voluntad de Lotario que la ciudad fuese incendiada. Por imposición del ejército fueron ejecutados el conde Gotselmo, el conde Sanila y el vasallo imperial Madalelmo; Gerberga, hija del otrora conde Guillermo, fue ahogada en las aguas acusada de ser envenenadora.

[LIII] Mientras sucedían estas cosas, el emperador, con su hijo Ludovicio, había llegado a la ciudad de Langres en donde recibió una noticia que le causó gran tristeza. Su hijo Lotario marchó desde Chalon hasta Autun y desde allí hasta Orleans y luego hasta las tierras de Lemans a un lugar llamado Montailié. El emperador junto con su hijo Ludovico al frente de un gran ejército lo persiguen. Enterado de esto, Lotario, reunidas sus tropas, fijó su campamento a no mucha distancia del de su padre. Así transcurrieron cuatro días con intercambio de mensajeros. En la cuarta noche Lotario con todos los suyos comenzó a retirarse. El padre lo seguía a corta distancia hasta que se llegó al castillo de Blois, donde el río Cisse desemboca en el Loira. Estando allí enfrentados los campamentos, llega hasta su padre su hijo Pipino con todo el aparato militar que había podido reunir. Viéndose superado por estas fuerzas, Lotario se acercó suplicante a su padre. Este lo reprendió verbalmente y tanto a él como a sus nobles, comprometidos con juramentos, los obligó a regresar a Italia, por los angostos desfiladeros que comunican con esa región para que nadie pudiera pasar sin licencia de los custodios. Después de esto, volvió con su hijo Ludovico a Orleans. Allí despidió al hijo y a los demás para que cada uno regresara a su lugar y él marchó a París.

Alrededor de la fiesta de san Martín realizó una convención general en el palacio de Attigny. Allí determinó resolver una serie de problemas tanto eclesiásticos como públicos. Estos fueron los principales: le ordenó a su hijo Pipino, por intermedio del abad Hermoldo, restituir sin demora a las iglesias los bienes eclesiásticos que estaban en su reino y que él había entregado a los suyos o de los que se había apropiado él mismo. Envío también nuncios a las ciudades y monasterios para que se restituyeran a su estado anterior las iglesias casi colapsadas. Ordenó también que los enviados fueran a cada condado para reprimir los abusos de los depredadores y ladrones que habían surgido en forma inaudita y que para eso pidieran la ayuda de condes y obispos vecinos. Sobre esto debían informar en la próxima convención general en Worms que convocó para después del invierno y una vez llegado ya el más benigno tiempo primaveral.

[LIIII] Pasó el emperador la mayor parte de la temporada invernal en Aquisgrán y de allí se dirigió a Diedenhofen antes de la Natividad del Señor, festividad que celebró en Metz con su hermano Drogo. Decidió pasar la festividad de la Purificación de María también en Diedenhofen, donde, según lo ordenado, también acudió el pueblo. Estando allí acusaba a algunos obispos por haber sido depuesto. Algunos habían huido a Italia y otros se negaron a asistir. De los acusados solo Ebo estuvo presente. Siendo este urgido a rendir cuentas de tales cosas, solo él estaba para ser sometido a juicio, estando ausentes todos los otros en cuya presencia habían sucedido esos hechos. Como los demás obispos insistían en la necesidad de la presencia pero afirmaban que esta no era una señal de inocencia, Ebo, finalmente, sintiéndose muy presionado, con el consejo de algunos obispos, se prestó a una cierta confesión, afirmó ser indigno del sacerdocio y renunció a él irrevocablemente. Esto lo manifestó a los obispos y por medio de ellos al emperador. Después de esto, Agobardo, arzobispo de Lyon, a pesar de haber sido citado difirió su llegada, y citado por tres veces fue separado de su dignidad eclesiástica, los demás obispos, como dijimos, habían huido a Italia.

El domingo siguiente, que precedía al inicio de la Cuaresma, el emperador, los obispos y todo el pueblo fueron a la ciudad de Metz para una convención general y en medio de la celebración de la misa siete arzobispos entonaron sobre el emperador siete oraciones de reconciliación eclesiástica y todo el pueblo dio muchas gracias a Dios por la restitución del emperador. Después de esto tanto el

emperador como el pueblo regresaron a la ciudad de Diedenhofen y, teniendo comienzo el santo tiempo de la Cuaresma cada uno volvió a tomar las propias ocupaciones. El emperador transcurrió allí el tiempo de Cuaresma pero la solemnidad de Pascua la celebró en Metz. Después de la solemnidad de Pascua y del venerable día de Pentecostés, fue a Worms a celebrar la convención general, según lo establecido, adonde concurrió también su hijo Pipino y tampoco faltó su otro hijo Ludovico. El emperador, según su costumbre, no permitió que esta convención dejara de tratar temas de utilidaed pública. Hizo examinar diligentemente lo que había hecho cada uno de los enviados a distintas partes. Y dado que algunos condes fueron encontrados poco diligentes en la reprensión y eliminación de los ladrones, castigó en forma adecuada esa falta con diversas sentencias. Amonestó a los hijos y al pueblo a que amaran la equidad, a que reprimieran a los ladrones, liberando de ellos a los buenos. Anunció al mismo tiempo que aplicaría una sentencia más severa contra quienes no obedecieran estas advertencias.

Después de despedir al pueblo de esta convención y habiendo decidido realizar la próxima en Diedenhofen, después de Pascua, se dirigió a Aquisgrán para pasar el invierno. Le ordenó a su hijo Lotario que enviase algunos nobles a ese lugar para tratar el asunto de una reconciliación entre ambos. La reina Judit se reunió con los consejeros del emperador, dado que la salud parecía estar abandonando el cuerpo del emperador, y si este muriera, ellos y su hijo Carlos se verían en peligro, a no ser que contasen con la protección de alguno de los hermanos, y pensando que ningún otro era más conveniente para esto que Lotario, exhortaron al emperador a que le enviaran nunciós en condiciones de paz, para invitarlo a esta misión. El emperador, siempre amante y custodio de la paz y la unidad, trataba de unir consigo no solo a los hijos sino aun a los enemigos.

[LV] A la mencionada ciudad y en el tiempo determinado, llegaron los muy numerosos enviados de su hijo, entre los cuales el primero fue Uala. Ventilada la mencionada causa hasta su término, el emperador quiso reconciliarse primeramente con el mismo Uala, perdonados todos los delitos que pudiera haber cometido contra ellos con mucha serenidad y benignidad del corazón, y por intermedio de él y de otros le ordenó al hijo acudir lo más rápidamente posible. Si así lo hiciera le resultaría de gran provecho. Regresaron y le transmitieron al hijo se mensaje. Pero una enfermedad febril impidió que se cumpliera este mandato, y

también Uala por la misma causa se vio impedido de cumplir sus tareas. Lotario debió permanecer por largo tiempo en el lecho. El emperador, tan clemente por naturaleza, cuando supo que su hijo se encontraba en ese mal estado de salud, por medio de enviados muy fieles, a saber, Hugo, su hermano y el conde Adalgario, lo visitó y se informó de los males que padecía, imitando al bienaventurado David, que habiendo soportado tantos desaires de parte de su hijo, sufrió amargamente por su muerte.

Pero cuando, tras una mejoría en la enfermedad, estuvo convaleciente, se le anunció al emperador que su hijo había quebrantado las condiciones establecidas hacía tiempo con juramento, principalmente por el hecho de que sus hombres habían asolado en forma despiadada la iglesia de san Pedro, que tanto su abuelo Pipino como su padre Carlos y él mismo habían recibido en tutela. Este hecho conmovió de tal manera el ánimo muy manso del emperador que decidió enviar mensajeros inmediatamente aunque debieran recorrer un muy largo camino. Le mandó decir a Lotario que no debía permitir tales cosas y que recordase que cuando le había sido entregado el reino de Italia, juntamente se le había encomendado la protección de la santa Iglesia romana, correspondiendo defenderla de los enemigos y para que no fuera dilapidada por los suyos. Le advierte que no debía ignorar que no iba a quedar impune si olvidaba o menospreciaba sus promesas confirmadas con juramento. Le ordenaba al mismo tiempo que le preparase para su viaje a Roma adonde pensaba llegar para visitar las tumbas de los bienaventurados apóstoles, las convenientes provisiones de alimento y alojamiento en el camino. Ese viaje se vio impedido por la irrupción de los normandos en Frisia. Para reprimir ese atrevimiento envió como legados ante Lotario, al abad Fulco, al conde Ricardo y al abad Adrebaldo; Fulco y Ricardo debían traerle la respuesta de Lotario y Adrebaldo debía ir a Roma para consultar al papa Gregorio sobre algunas necesidades e informale sobre la voluntad del emperador y otros encargos que se le habían dado. Lotario, recibidos los mensajes acerca de los bienes robados a las iglesias, aceptó reparar los de algunas pero sobre otras dijo que nada podía hacer. Fulco y Ricardo le anuncian al emperador que los normandos habían sido puestos en fuga. Este se encontraba en el palacio de Francfurt, donde practicaba la cacería otoñal. Para invernar se trasladó a Aquisgrán.

[LVI] Cuando Adrebaldo, según las órdenes recibidas, llegó a Roma, encontró enfermo al papa Gregorio, principalmente con un flujo de sangre que, aunque apenas perceptible, brotaba continuamente de su nariz. Pero fue reconfortado con tanta alegría por las palabras del emperador que confeso haberse casi olvidado de sus trastornos de salud. Al enviado lo atendió con gran opulencia en su residencia y, al retirarse, lo colmó de ricos presentes y envió con él a dos obispos: Pedro, de Civitavecchia y Jorge, diácono de la ciudad de Roma y también obispo. Cuando Lotario se enteró de la llegada de los dos obispos mencionados ante el emperador, lo envió a León —que por entonces ocupaba un alto cargo con él— a Bolonia, y allí, por medio de acciones de terror les impidió a los obispos seguir adelante. Sin embargo, Adrebaldo, recibió ocultamente de ellos una carta dirigida al emperador y la confió a uno de los suyos que, disfrazado de mendigo, cruzó los Alpes y la entregó al emperador.

Es imposible narrar la gran mortalidad que azotó a la población que seguía a Lotario. En el breve plazo desde la calenda de setiembre a la fiesta de san Martín, estos nobles de entre los suyos, perdieron la vida: Jesse ex obispo de Amiens, Elías, obispo de Troyes, Uala, abad del monasterio de Corbie, Matfrido, Hugo, Lamberto, Godofredo y su hijo también llamado Godofredo, Agimberto, conde de Perthois, Burgarito, prefecto de las cacerías reales; Ricardo escapó de esa mortandad pero murió poco después. Acerca de estas muertes se decía: Francia quedó huérfana de su nobleza, perdió su fortaleza al faltarle sus nervios, quedó privada de prudencia al faltarle estos hombres. Dios así demostró, usando para con ellos su espada de doble filo, cuán sobrio y saludable sea observar aquello que se sabe que procedió de su boca: *No debe gloriarse el sabio en su sabiduría, ni el fuerte en su fortaleza, ni el rico en sus riquezas.* ¿Y quién podría dejar de admirar dignamente cómo la moderada clemencia divina haya gobernado el ánimo del emperador? En efecto, recibidas estas noticias, no mostró alegría ni se burló por la muerte de los enemigos, sino que se golpeó el pecho y derramó lágrimas, rogándole a Dios que se mostrara propicio para con ellos.

Por ese mismo tiempo, se agitó el ímpetu de los bretones, pero fácilmente se aplacó y el emperador puso su esperanza en aquello que con toda verdad se dice: *Juzgas con moderación y nos gobiernas con mucha indulgencia.* En esos mismos días en que se celebra la purificación de la bienaventurada siempre virgen María, se

realizó en Aquisgrán una gran convención, principalmente con asistencia de obispos. Allí se trataron varias necesidades de la Iglesia, principalmente de aquellas que había provocado Pipino. Por causa de eso se había convocado esta convención por autoridad imperial, para amonestar a Pipino y los suyos por haber invadido de manera peligrosa los asuntos eclesiásticos. Esto tuvo una pronta solución, porque Pipino, aceptando de buena voluntad las observaciones de su padre y de los santos varones, se mostró obediente y restituyó aquello de lo que se había apoderado y lo confirmó con la impresión de su anillo.

[LVII] Acto seguido el emperador realizó en el verano una convención cerca de Lyon en un lugar llamado Stramiacus, con sus hijos Pipino y Ludovico; Lotario no pudo asistir debido al mencionado problema de salud. Allí se ventiló la causa de Lyon y de Viena, que estaban vacantes porque el obispo de Lyon, Agobardo, habiendo sido citado no acudió a rendir cuentas y Bernardo, obispo de Viena, se hizo presente pero luego huyó. Este asunto quedó sin resolución por la ausencia, como se dijo, de ambos obispos. También se ventiló allí la causa de los godos, algunos de los cuales eran favorables a Bernardo, y otros apoyaban a Berengario, hijo del conde Hunroco. Muerto prematuramente Berengario, el poder total de Septimania quedó en manos de Bernardo y a él fueron enviados nuncios para tratar de solucionar aquellas cosas que requerían corrección. Cumplido esto, despedidos los hijos y el pueblo, el emperador realizó la temporada otoñal de caza y para la fecha de la fiesta de san Martín regresó a Aquisgrán y allí pasó el invierno. Celebró allí la Natividad y las solemnidades pascuales de acuerdo a la costumbre que le era familiar.

[LVIII] En medio de las festividades pascuales apareció el portentoso siempre cruel y triste de un cometa en el signo de Virgo en la parte del signo en la que bajo la vestidura se une la cola de la serpiente con los cuervos. No siguió el curso usual de los siete astros errantes y se dirigió hacia el este durante veinticinco días —lo que es sorprendente— pasando por los signos de Leo, Cáncer y Géminis, finalmente depuso su cuerpo ardiente en la cabeza de Taurus a los pies del auriga. Cuando el emperador, muy estudioso de estos fenómenos, advirtió que el cometa se había detenido, antes de entregar sus miembros al descanso, llamó a alguien —precisamente a mí, que escribo estas cosas y que se pensaba que era entendido en esta ciencia— interrogándome sobre qué me parecía esto. Le pedí un tiempo para considerar el aspecto del astro y poder investigar la verdad del caso y, una vez

averiguada, comunicársela al día siguiente. El emperador pensó —lo que era cierto— que me daba ese tiempo para no obligarme a comunicarle algo triste. “¡Ve, me dijo, al balcón de ese edificio contiguo y comunícanos lo que observes!”. “Estoy seguro de no haber visto esa estrella ni de que me hayás comentado sobre ella la tarde pasada, pero sé que se trata de un cometa, sobre los cuales hablamos en días pasados. Pero debes saber lo que significa para ti”. Habiendo yo dicho esto y habiéndome callado luego, él me dijo: “Hay una única cosa que mantienes en silencio. Este portentoso indica el cambio del reino y la muerte del príncipe”. Yo entonces traje a colación el testimonio del profeta, que dice: *No temas a los signos del cielo, que aterrorizan a las gentes*. “No debemos temer”, dijo, “a ningún otro sino a aquel que es el creador de nosotros y de los astros, No podemos admirar y alabar suficientemente su clemencia que se digna advertirnos con tales signos, sacudiendo nuestra inercia, ya que somos pecadores e impenitentes. Dado que este portentoso nos afecta a mí y a todos en común, esforcémonos todos en ser mejores en la medida de nuestro saber y nuestro poder, no sea que tratando él de ser misericordioso y nosotros siendo impenitentes, seamos indignos de su misericordia”.

Dicho esto, tomó un pequeño trago de vino y les ordenó a todos que hicieran lo mismo y que luego cada uno fuese a cumplir sus obligaciones. Esa noche, según se nos narró, la pasó vigilante, en medio de alabanzas y plegarias a Dios hasta que llegó la luz del nuevo día. Al crepúsculo convocó a los ministros del palacio y ordenó distribuir muy abundantemente limosnas a los pobres y a los siervos de Dios tanto a los monjes como a los canónicos e hizo celebrar cuantas misas pudo no tanto en atención a sí mismo como en atención a las iglesias bajo su jurisdicción. Así dispuesto todo, según lo ordenado, marchó a las Ardenas para cazar, lo que hizo de manera mucho más intensa que lo acostumbrado. Y en ese tiempo todo ocurrió para su placer.

[LVIII] Además, en Aquisgrán, por insistencia de la augusta reina y de los ministros palatinos, el emperador le entregó una parte del Imperio a su muy amado hijo Carlos, pero como esto quedó sin ejecución, también nosotros lo dejamos sin aclaración. Habiéndose enterado de eso sus hermanos lo tomaron a mal y conversaron entre ellos, pero viendo que no podían ir contra esto, disimularon sus planes y muy fácilmente solucionaron la conmoción que esta iniciativa del padre hubiera producido. Ocupado el emperador en estos asuntos todo el verano, convocó

en el otoño una convención general, a saber, a mediados de setiembre, en Quierzy. Allí acudió su hijo Pipino, llegando desde Aquitania, e intervino en la convención. El emperador le ciñó allí a su hijo Carlos las armas viriles, es decir, la espada, ornó su cabeza con la corona real y le concedió la parte del Imperio que había poseído su homónimo Carlos, es decir, Neustria. El emperador estableció lo mejor que pudo un pacto de buena voluntad entre los hijos y lo despidió a Pipino a Aquitania y a Carlos a la porción del reino que le había sido concedida, es decir, a Neustria. Algunos nobles de Neustria que estaban presentes le presentaron su respeto a Carlos y le juraron fidelidad; más tarde los que estaban ausentes hicieron lo mismo.

Por ese mismo tiempo y en ese mismo lugar se encontraban casi todos los nobles de Septimania quejándose del duque de esos lugares que era Bernardo. Alegaban que sus hombres abusaban a su arbitrio de los bienes eclesiásticos sin ningún respeto ni divino ni humano. Pedían, por lo tanto, que el emperador los recibiese bajo su protección y enviase a aquella tierra delegados que con su poder y su prudencia juzgaran rectamente e hicieran cumplir las leyes ancestrales. Para esto fueron enviados según lo solicitado por tales nobles y según la decisión del emperador, los condes Bonifacio y Donato, además de Adrebaldo, abad del monasterio de Flavigny. Después de esto el emperador se retiró de ese lugar y se dedicó a la cacería otoñal y para pasar el invierno se estableció en Aquisgrán. En ese invierno, en la calenda de enero, apareció un cometa de fuego en Escorpión no mucho después de la puesta del sol. A este rostro amenazante le siguió no mucho después la muerte de Pipino.

En ese tiempo, la reina Judit, aconsejada por los asesores del palacio y otros nobles del reino de los francos, no olvidando la decisión que habían tomado, persuadieron al emperador para que enviara emisarios a su hijo Lotario para invitarlo a que viniera a ver a su padre con la condición de que si deseaba ser amigo y auxilio, así como tutor y protector de su hermano Carlos, recibiría del padre el perdón de todo lo que había obrado mal y conseguiría la mitad del Imperio, excepto Baviera. Esta propuesta le pareció muy interesante a Lotario y sus asesores.

[LX] Llegó, según lo establecido, a la ciudad de Worms, después de las festividades pascuales. El padre lo recibió con gran alegría y ordenó a los suyos que lo atendieran generosamente e hizo todo según lo dispuesto. Después de tres días de descanso, se abocó a la tarea de la división del Imperio con sus hijos, si así se

acordaba, con la condición de que la elección de las partes dependería del emperador y de Carlos, o bien, si parecía mejor, el emperador y Carlos harían ellos la división. Lotario con los suyos le confían la división a la voluntad emperador, afirmando que ellos no podían hacerla por su ignorancia de los lugares. Por lo tanto, el emperador, según su parecer y el de los suyos, dividió razonablemente todo su Imperio, excepto Baviera, que la cedió a su hijo Ludovico y, por lo tanto, a ningún otro le dio una parte de ella. Cumplidas estas acciones y convocados sus hijos y todo el pueblo, habiéndosele dado la opción, Lotario eligió para sí la parte oriental del río Mosa, dejándole a su hermano Carlos la parte occidental. Esto lo afirmó ante todo el pueblo. El emperador estaba complacido por todo esto y contaba con el aplauso del pueblo, pero estas cosas cayeron mal en el ánimo de Ludovico. El emperador daba gracias a Dios por estos hechos y les recomendaba mantenerse unidos y protegerse mutuamente; que Lotario cuidase de su hermano menor, recordando que debía ser su padre espiritual, mientras Carlos tenía que prestarle el honor debido a su padre espiritual y hermano mayor. Habiendo llevado a cabo estas cosas como verdadero amante de la paz y habiendo logrado en la medida de lo posible el mutuo amor entre los hermanos y entre el pueblo de cada hijo, despidió con alegría a Lotario que se dirigió a Italia, cargado con muchos presentes y con las bendiciones paternas y con la advertencia de que no se olvidara de sus recientes promesas. Celebró solemnemente en Aquisgrán las festividades de la Natividad y de la Pascua.

[LXI] Ludovico, enterado de cómo el padre quería hacer la división del reino entre sus hijos, no estuvo de acuerdo y reclamó para sí toda la parte del reino situada al otro lado del Rin. Cuando al emperador le fue anunciado esto, decidió diferir su juicio hasta después de las festividades pascuales. Transcurridas estas, pensó que de ninguna manera había que dilatar la solución de ese caso. Cruzó el Rin y el Main con una gran fuerza y llegó hasta Tribur y allí se detuvo un tiempo para organizar el ejército. Hecho esto se dirigió a Bodman y allí el hijo acudió suplicante, aunque de mala gana y, al ser reprendido, confesó haber obrado mal, prometiendo enmendar lo que había sido hecho incorrectamente. El emperador, con su acostumbrada mansedumbre, perdonó al hijo; primeramente lo reprochó, como era lógico, con palabras algo ásperas; luego, ya perdonado lo dejó en su reino, despidiéndolo con palabras más suaves. Cruzó de regreso el Rin en el lugar llamado Coblenza para hacer la acostumbrada práctica de cacería en Ardenas.

Estando en esa actividad se le acercaron nuncios veraces, afirmando —lo que era cierto— que algunos de los aquitanos aguardaban su sentencia sobre el ordenamiento del reino de Aquitania y que otros estaban indignados habiendo oído que el reino había sido entregado por el padre a Carlos. Cuando el emperador estaba preocupado por estos asuntos, llegó hasta él el muy noble Ebroin, obispo de Poitiers, en Vlatten, comunicándole que tanto él como todos los nobles de ese reino aguardaban que se cumpliera la voluntad y la orden del emperador. Eran partícipes de este mismo deseo todos los nobles más importantes; entre ellos eran sobresalientes el mismo Ebroin, venerable obispo, el conde Reginaldo, el conde Gerardo, cuñado de Pipino, y el conde Ratario, también cuñado de Pipino, y otros muchos que acompañaban la voluntad de estos y de ninguna manera podían estar aparte. Pero otra parte del pueblo, cuyo máximo representante era Emeno postulaban a un hijo del rey Pipino, también Pipino de nombre, y vagaban, según su costumbre, por todas partes, dedicados a la depredación y la tiranía. Le rogaba, por tanto, al emperador, el mencionado obispo Ebroin que no tolerara que por más tiempo circulara esta enfermedad sino que la remediase con su llegada antes de que la peste pudiese inficionar a más gente. El emperador, muy agradecido, despidió al obispo de regreso a Aquitania, y les ordenó a sus fieles lo que le pareció oportuno, disponiendo que en otoño algunos de ellos concurriesen a Chalons-sur-Saône donde iba a tener lugar una convención general.

Nadie puede acusar al emperador de que por crueldad quisiese privar a su nieto del reino, ya que él conocía las costumbres originales de ese pueblo, que siendo dados a la liviandad y otros vicios, descuidaban completamente la gravedad y la estabilidad; y para poder conseguir que Pipino, padre, fuese uno de tales hombres, habían alejado de los límites de Aquitania a casi todos los que habían sido enviados por su padre Carlos para tutela del hijo. Cuántos y cuáles males, públicos y privados hayan surgido en el reino después de la expulsión de tales consejeros lo demuestran los sucesos presentes. Quería el pífimo emperador que el niño fuese educado para que posteriormente no permitiese el vicio de la prostitución ni para sí ni para otros, pensando en aquello que se lee de alguien que, no queriendo entregar el reino a hijos menores de edad, se expresaba de esta manera: *No es por envidia que les prohíbo los honores a los que engendré, sino porque sé que los honores les despiertan a los adolescentes incontrolables deseos.*

El emperador, según lo decidido, se dirigió a Chalons-sur-Saône y ordenó, según su costumbre, los asuntos eclesiásticos y los públicos, dedicándose luego al ordenamiento del reino de Aquitania. Se movió desde ese lugar con la reina y su hijo Carlos y una fuerte custodia y, habiendo cruzado el río Loira, se dirigió a la ciudad de Clermont, y allí según su costumbre recibió a sus fieles e hizo que se comprometieran con su hijo Carlos con los juramentos usuales. Hizo que fueran apresados y castigados algunos que se habían negado a acudir y jurar fidelidad y vagaban cometiendo latrocinios y saqueos.

[LXII] Mientras estaba ocupado en esos asuntos, llegó el tiempo de la fiesta de la Natividad del Señor que celebró en Poitiers, como solía hacerlo, con el debido honor. Encontrándose allí y tomando decisiones de acuerdo con las necesidades, llegó un mensajero anunciándole que su hijo Ludovico, con un cierto número de sajones y turingios, había invadido Alamania. Esta noticia le resultó muy molesta, estando ya en una edad senil y con abundancia anormal de mucosidad pulmonar — aumentada en el invierno— y teniendo, además, el pecho congestionado. A pesar de ser extraordinariamente calmo por naturaleza, de una gran fortaleza, y sumamente piadoso, esto le causó tanta amargura que la secreción se convirtió en un tumor y en sus órganos vitales apareció una úlcera. Su ánimo, sin embargo, se mantuvo invicto, aun viendo que sufrían vejaciones la Iglesia y el pueblo de Dios. Ni cedió al disgusto ni se quebró por el dolor. Después de haber iniciado el ayuno cuaresmal con su esposa y su hijo Carlos se dedicó a tratar de calmar esa tempestad. Como era su costumbre en este tiempo, se consagró al recitado de salmos, a las plegarias, a escuchar misas, a entregar limosnas con liberalidad. Excepto por uno o dos días de equitación para practicar algún ejercicio, no quiso en este tiempo tener algún otro día de descanso. Siguiendo el ejemplo del buen pastor soportaba los sufrimientos de su propio cuerpo por el bien de la grey. No puede dudarse que el *príncipe de los pastores* le tiene reservado el premio que prometió dar a los que así trabajan.

Con gran fatiga, debilitada su salud por los hechos recientes, llegó a Aquisgrán siendo ya inminentes las fiestas pascuales, y las celebró allí con la acostumbrada devoción. Terminadas las fiestas, se apresuró a continuar con la tarea emprendida. Cruzó el Rin y se dirigió rápidamente a Turingia donde había sabido que estaba su hijo Ludovico. Este, sin demora debido a su desconfianza, estando ya cerca su padre, se dio a la fuga para estar a salvo. Hizo el camino por el territorio de

los eslavos y regresó a su tierra propia. Mientras Ludovico regresaba, el emperador ordenó una convención general en la ciudad de Worms.

Mientras el rey Ludovico atendía estos asuntos, su hijo Carlos, con su madre, se encontraba en Aquitania. El emperador le envió un mensaje a su hijo Lotario, que estaba en Italia, ordenándole que estuviera en esa convención porque tenía que tratar con él ese tema y algunos otros.

En ese tiempo ocurrió un insólito eclipse de sol en el día tercero de la letanía mayor. Fueron tan grandes las tinieblas al retirarse la luz que no hubo ninguna diferencia con la noche. Podía verse el orden regular de las estrellas, y ningún astro sufría la debilidad de la luz solar, salvo la luna que se mostraba contra el sol. La luna gradualmente fue moviéndose hacia el este, restituyendo la luz en la parte occidental, según es usual cuando se la ve como primera o segunda, hasta que aparece su redondez con toda su belleza. Aunque este prodigio se debe a la naturaleza, sin embargo se verificó con un resultado lamentable: se anunciaba con esto que la máxima luz de los mortales que lucía para todos en la casa de Dios colocado sobre el candelabro —me refiero al emperador de muy piadoso recuerdo— muy pronto sería arrebatado de los sucesos humanos y con su retiro el mundo quedaría sumido *en las tinieblas de las desolaciones*.

El emperador comenzó a debilitarse con náuseas. Recibía con repugnancia el alimento y la bebida en el estómago. Suspiraba continuamente. Se sacudía con eructos. De este modo iba perdiendo vigor. Cuando la naturaleza es abandonada por las condiciones que la acompañan, es vencida por la fatiga. En vista de esto, ordenó que se le preparase una residencia de verano en una isla cercana a la ciudad de Maguncia, y allí, ya sin fuerzas, se tendió en el lecho.

[LXIII] ¿Quién podría explicar su solicitud por el estado de la Iglesia o la tristeza que experimentaba por sus problemas? ¿Quién podría narrar los ríos de lágrimas que derramaba implorando una pronta atención de la clemencia divina? No solo se dolía por los males que se iban acabando sino que gemía por los que sabía que iban a suceder, diciendo que se sentía miserable, rodeado de tales miserias. Para consolarlo se acercaban los venerable prelados y otros innumerables siervos de Dios, entre los cuales estaba Heri, el venerable arzobispo de Tréveris, Drogo, hermano del emperador y obispo de Metz y archicapellán del sagrado palacio. A este cuanto más lo sabía cercano tanto más familiarmente le confiaba sus cosas y su

propia persona. Todos los días le presentaba su confesión ofreciéndole *el sacrificio de un espíritu atribulado y un corazón humillado que, Dios no desprecia*. Su alimento era solamente, por cuarenta días, el cuerpo del Señor, mientras alababa la justicia del Señor, diciendo: *Eres justo, Señor, y ya que transcurrió el tiempo de cuaresma sin ayunar, cumpliré ahora obligadamente el ayuno*.

Le ordenó a su venerable hermano Drogo, que citara a su cámara a los ministros y les ordenase que describieran detalladamente los bienes familiares, consistentes en ornamentos reales, a saber, coronas y armas, vasijas, libros, vestiduras sacerdotales. Determinó, según su mejor parecer, qué es lo que debía entregarse a las iglesias o a los pobres o, finalmente, a sus hijos, a saber, Lotario y Carlos. A Lotario le confió la posesión de una corona y una espada de oro y cubiertas de piedras preciosas, con la condición de que conservara su fidelidad a Carlos y Judit, respetando y protegiendo la porción íntegra del reino que le había sido otorgada ante sí con el testimonio de Dios y de los nobles del palacio. Cumplidas estas cosas, dio gracias a Dios, cuando supo que ya no le quedaba nada de su propiedad.

Entre tanto el venerable obispo Drogo y los demás pontífices daban gracias a Dios por todo lo que estaba sucediendo —viendo que aquel a quien siempre lo había acompañado un selecto conjunto de virtudes, ahora con perseverancia, como si fuese la parte final de la ofrenda, le entregaba a Dios el sacrificio de su vida—. Solo había una cosa que empañaba su gozo: temían que tal vez quisiese ser implacable con su hijo Ludovico, sabiendo que una herida repetidamente lacerada o cauterizada causaba un dolor más acerbo al que debía soportarla. Confiados, sin embargo, en su invicta paciencia, que siempre practicó, calman su ánimo a través de su hermano Drogo, cuyas palabras nunca desoía. Primeramente dejó entrever la amargura de su ánimo, pero, paulatinamente, reflexionando y tomando fuerza, intentaba enumerar con cuántos grandes trastornos lo había afligido, cometiendo actos contra la naturaleza y contra los preceptos del Señor. “Ya que él”, decía, “no quiere venir a darme satisfacción, yo hago lo que me corresponde: vosotros y Dios sois testigos de que le perdono todo lo que obró contra mí. Os corresponderá a vosotros advertirle que si tantas veces en vano le he perdonado sus acciones, que él no se olvide que dolorosamente ha llevado las canas de su padre a la muerte, despreciando los preceptos y las amenazas de Dios, nuestro padre común”.

[LXIII] Después de estos actos y estas palabras —era la tarde del sábado— ordenó que se celebraran ante él las vigilijs nocturnas y que su pecho fuese cubierto con el leño de la santa cruz; y en cuanto se lo concedían sus fuerzas con su propia mano se hacía dicha señal en la frente y en el pecho; si le faltaban las fuerzas hacía el movimiento y pedía ayuda de las manos su hermano Drogo. Permaneció toda esa noche sin fuerza alguna en su cuerpo pero con el espíritu vigilante. A la mañana siguiente, que era un domingo, ordenó que se preparara el ministerio del altar y que Drogo oficiase la misa para recibir de sus manos, según su costumbre, la sagrada comunión y que después se le diera un pequeño trago de bebida tibia. Hecho esto les rogó a su hermano y a los otros presentes que atendiesen a sus necesidades corporales y que él aguardaría hasta que hubiesen comido.

Aproximándose el momento de su muerte, juntó el pulgar con los otros dedos —esto solía hacer para llamar a su hermano— y este acudió a su lado. Llegado este con otros sacerdotes, con las palabras que logró pronunciar y con gestos, se encomendó, pidió que lo bendijeran y que se cumplieran los ritos que suelen practicarse para la partida del alma. Cuando esto se estaba efectuando, según me han contado muchos, vuelto el rostro hacia la izquierda, como si estuviera indignado, con toda la fuerza que pudo exclamó dos veces: ¡Huz! ¡Huz! que significa: ¡afuera! Lo que significa que había visto al espíritu maligno cuya sociedad no quería compartir ni vivo ni muerto. Levantó sus ojos hacia el cielo —cuanto más seriamente miraba hacia abajo tanto más alegremente lo hacía mirando hacia el cielo— de modo que parecía sonreír. Habiendo llegado a ese punto del término de la vida, se marchó felizmente, como creemos, a su descanso. Como ha afirmado verazmente el sabio doctor: *No puede morir mal el que ha vivido bien.*

Murió el día duodécimo antes de la calenda de julio en el año LXIII de su vida. Gobernó Aquitania por XXXVII años y fue emperador por XXVII. Habiendo partido el alma, Drogo, hermano del emperador y obispo de Metz, con otros obispos, abades, condes, vasallos reales, y gran cantidad del clero y del pueblo, hizo transportar las reliquias del emperador con grandes honores, hasta Metz, a la basílica de san Arnulfo, donde yacía enterrada su madre y allí fue noblemente sepultado.